

EL CLUB DE LOS SUPERSERES

LOUIS G. MILK

El club de los superseres
Louis G. Milk

Espacio el Mundo Futuro/347

CAPÍTULO PRIMERO

El anuncio prometía felicidad absoluta, una vida poco menos que eterna y la ausencia de todo dolor.

—Bueno, eso es el paraíso —comentó Tony de Valera, cuando su esposa Bella, con la que se había casado cinco años atrás, le enseñó el anuncio.

Bella era muy bella, y esto no es redundancia. Pero el enamoramiento que Tony sentía hacia ella le cegaba. Por eso no había sabido ver hasta entonces defectos del carácter de su esposa.

Desde muy joven, de niña incluso, Bella había sido imbuida por su madre—con la valiosa e irrefutable ayuda del espejo—, en la creencia de su propia hermosura, la cual, no había más que verla, había ido desarrollándose con el paso de los años, hasta alcanzar el grado de esplendente madurez de la actualidad. Su belleza le había servido para atrapar una de las más codiciadas piezas de caza en el coto de los hombres solteros, jóvenes, guapos y ricos. La pieza se llamaba Tony de Valera y se había rendido ante el fuego graneado de la artillería de los azules ojazos de Bella, de sus labios jugosos y frescos y de su cuerpo de diosa. Y Bella, por otra parte, sabía que su boda con Tony le iba a reportar cuanto había ambicionado: riqueza, posición, joyas, placeres...

Pero, en su felicidad, había un punto negro: sentía un terror espantoso a envejecer. Aún era muy joven, puesto que no había llegado a cumplir el cuarto de siglo y pasarían por lo menos veinticinco años antes de que su belleza empezase a declinar. Pero había visto el ocaso físico de su madre y, cada vez que pensaba en ello, se horrorizaba.

La madre de Bella se había casado ya cercana a la madurez. Tenía casi cuarenta años cuando nació la niña. A los cincuenta años,

su hermosura, que en sus años jóvenes no había cedido en modo alguno a la de su hija, había empezado a ajarse.

La madre de Bella había recurrido a la cirugía estética. Este era un remedio relativamente provisional; a los cinco o seis años, las facciones y el cuerpo acusaban otra vez el paso de los años y era preciso tenderse de nuevo en la mesa de operaciones para solventar tan enojoso problema. Bella tenía veinticuatro años y ya había conocido tres internamientos de su madre en la clínica de cirugía estética.

Esto había desarrollado en ella un complejo del que no podía librarse, por más esfuerzos que hacía. Otra mujer, seguramente, con el amor de su marido, que la idolatraba, y el sustancioso «alimento» de una cuenta corriente prácticamente inagotable hubiera enviado al diablo tales pensamientos. Bella no era así, sin embargo y, cada vez que pensaba en el futuro de su hermosura, sentía tal pánico que la angustia llegaba incluso, en ocasiones, a producirle graves trastornos.

Por dicha razón había mostrado a su esposo el anuncio aparecido en la revista:

¿Quiere ser eternamente feliz?
¿Desea que su vida se prolongue un tiempo no inferior, como mínimo, al doble de la vida media actual?
¿Quiere vivir en un mundo con total ausencia de dolor?
Garantizamos resultados.
Si está firmemente resuelto a conseguir tales objetivos, no titubee más:
¡Póngase en contacto con nosotros!
El resultado es garantizado: trescientos años de vida, y ausencia absoluta de todo dolor, lo que es igual a: felicidad eterna.
Si no nos cree, no haga nada.
Si cree en nosotros, tome su visófono y marque este número: WN—10—4592.

—Sería maravilloso — dijo Bella, lanzando un suspiro que distendió su bien contorneado busto —. Vivir trescientos o más años, sin dolor y… — No lo dijo, pero lo pensó: «Sin perder la hermosura. A los cien años, sería tan bella como ahora. Tony habría muerto y yo sería una encantadora viuda en torno a la cual revolotearían los pretendientes. ¡Qué panorama tan delicioso!»

—¡Es una estupidez! — rezongó Tony de Valera, poco dado a fantasías. Arrebató la revista de manos de su esposa y leyó el anuncio, que ocupaba una página entera. Luego la arrojó despreciativamente a un rincón —: Esto es el anuncio de un charlatán de feria.

—¿Qué es un charlatán de feria? — preguntó Bella ingenuamente.

—Antiguamente —explicó Tony pacientemente— había hombres que… Bueno, ¿qué diablos importa eso ahora? — Sin saber por qué, se había puesto repentinamente da mal humor—. Será cosa de que empieces a arreglarte, querida; no olvides que esta noche cenamos en casa de los Van Huys.

—Como gustes, cariñito — respondió Bella amablemente. Se inclinó hacia él y le besó en una mejilla—. Estaré lista en un par de horas — rió de buen humor.

Pero mientras se acicalaba en el tocador, su cerebro no hacía más que trabajar con gran actividad, recordando incesantemente aquel anuncio.

* * *

Cuando una enfermedad es vencida, otra, prácticamente desconocida hasta entonces, ocupa su puesto. El cáncer había dejado ya de ser un azote de la humanidad, lo cual había conseguido prolongar la media de la duración de la existencia humana hasta los noventa y cinco años. Casos de personas que vivían ciento veinte y aun ciento treinta años, eran corrientes y ya no llamaban la atención. Los únicos que merecían cuatro líneas en los periódicos, en una página muy interior, eran los que alcanzaban el siglo y medio.

Vencido el cáncer, otro virus había tomado el relevo. No se conocían sino sus efectos: progresiva decoloración de la piel, que

tomaba un tono parecido al que aparece en una persona que tiene dificultades en la ingestión de oxígeno, esto es, levemente azulado en un principio y más acentuado después, hasta llegar al violáceo, una lenta disminución de las facultades tanto físicas como intelectuales y la muerte en un plazo que oscilaba entre seis meses y un año.

No se conocía un solo caso de curación de una persona atacada por aquel virus. Los médicos le habían dado diversos nombres: cianosis progresiva, parálisis sicofísica... pero, como dicen los franceses: *le nom ne fait pas la chose.* No se podía curar. En cuanto un ser humano veía una pequeña placa de color blanco azulado en cualquier rincón de su epidermis, sabía que acababa de ver firmada su sentencia de muerte.

Esto le ocurría a Lyck Francis. Hacía una semana, que al salir del baño, en el momento de enjugarse había visto en su costado izquierdo dos manchas blanquecinas, que, al principio, le habían parecido de jabón. Se frotó vigorosamente con la toalla, pero, cuando vio que las manchas persistían, su moral se derrumbó.

Su esposa, Fay, ignoraba todavía lo que le había pasado. Lyck había conservado la suficiente presencia de ánimo para no mostrar exteriormente su catástrofe interna. Lyck Francis sabía que en seis meses, máximo un año, todos sus músculos acabarían paralizándose y moriría por pura asfixia, con el cuerpo convertido en un manchón azulvioláceo, a consecuencia de la falta total de oxígeno.

Entonces fue cuando cayó la revista en manos de Francis y leyó el anuncio.

—¡Vaya un tipo charlatán! — exclamó.

—¿Quién es? — preguntó Fay.

Su esposo le enseñó el anuncio. Fay se echó a reír.

Era una joven de veintitrés años, alta y esbelta, de cabellos negros como ala de cuervo y ojos reidores, cuerpo delgado y flexible, aunque no tan delgado que no poseyese las suficientes curvas para demostrar, de modo irrefutable, que era toda una mujer.

—Sí, es un charlatán — convino ella, después de haber paseado su vista por las líneas que componían el anuncio. Y agregó—: Desde luego, a mí que no me cuenten como cliente.

Lyck miró a su esposa, percibiendo en su interior una mezcla de

encontrados sentimientos: pena, amor, envidia... envidia sobre todo, porque Fay era joven y hermosa, y viviría muchísimos años más, después de que él se hubiese convertido en un montoncito de polvo.

Por supuesto, Fay le amaba tiernamente; tenía buenas pruebas de ello. Pero cuando muriese, su esposa tendría veinticuatro años. La flor de la edad.

La edad propia para olvidar. Un día, pasaría por su lado un hombre joven, apuesto y sano... sobre todo, sano, y ella le seguiría, porque la juventud exige compañía y amor.

Y éstas eran cosas que él no podía darle, porque estaba condenado a muerte.

Sus ojos se fijaron de nuevo en el anuncio.

CAPÍTULO II

El edificio que le había sido indicado a través de la línea visofónica estaba aislado en el campo, al pie de una colina de líneas romas y rodeado por un espeso bosquecillo de álamos, que lo ocultaban por completo a la visión de los vehículos que transitaban de continuo por la vecina autopista.

Bella de Valera detuvo su coche en la pequeña explanada que había ante la fachada de la casa.

El aspecto le impresionó: era un conjunto de cubos de mampostería, sin ventanas ni orificios de ninguna clase.

Sólo se veía el hueco de la puerta, una abertura de dos metros de ancha por tres de altura, tapada aquellos instantes por un lienzo blindado de metal. El portón de acero se descorrió y un hombre, vestido con bata blanca, salió al encuentro de la joven. Bella se apeó del automóvil.

— ¿Señora de Valera? — preguntó el hombre. Era pequeño, delgado, de cabellos y ojos negros, y cetrino de cara. Su mirada, profunda e inquisitiva, impresionó mucho a la joven, la cual, en aquellos momentos, sintió vivos deseos de volverse atrás. Pero un sentimiento muy parecido al orgullo la hizo mover la cabeza en sentido afirmativamente.

—Sí, soy Bella de Valera — corroboró.

—Soy el doctor Zurmini, ayudante del profesor Skawikof — manifestó el sujeto—. Tenga la bondad de seguirme, señora.

Bella caminó tras Zurmini. Cruzó el umbral un tanto temerosamente, preguntándose si no se trataría todo de una especie de timo para sacarle dinero. Claro que todavía no había entregado un solo centavo ni había establecido el menor trato, por lo que, de no interesarle en absoluto, aún estaba a tiempo de rechazar cualquier convenio con el titulado profesor Skawikof.

Los pasillos, de hormigón armado, pintado» en tonos suaves y sedantes, estaban completamente desnudos de toda ornamentación. De cuando en cuando, se divisaban algunas puertas, sin ningún rótulo, sólo con un número indicativo de algo que Bella no podía adivinar.

La única puerta que tenía rótulo pertenecía al despacho del profesor. Zurmini presionó un botón y luego acercó sus labios a un micrófono empotrado en la pared.

—Profesor, la señora de Valera.

—Ah, muy bien— brotó una voz a través de la pared.

La puerta era blindada, como todas. Se descorrió silenciosamente a un lado y Zurmini invitó a la joven a que franquear el umbral.

Bella penetró en un despacho audazmente decoráis. La mesa de despacho consistía en un simple tablero sostenido por cuatro delgadísimos cables, que rendían del techo. Al otro lado, se encontraba el profesor Skawikof.

Era un hombre ele cincuenta años, fuerte aunque algo rechoncho de figura. Apenas si tenía cabello, salvo un mechón en la coronilla, que semejaba vagamente al peinado ritual de algunas tribus salvajes del pasado. Vestía una bata blanca también y su mesa estaba cubierta de papeles llenos de cifras y signos.

No había ventana alguna en la habitación, muy bien iluminada por una hábil disposición de las lámparas, de tal modo que apenas había sombras. La climatización era perfecta y, en el despacho, no se notaba en modo alguno el molesto zumbido que suelen producir los aparatos de renovación de la atmósfera.

—Por favor, señora — Skawikof indicó con una mano el sillón que había al otro lado de la mesa.

Bella tomó asiento y cruzó las piernas con gesto audaz. Sacó un cigarrillo y lo encendió con un mechero de platino y esmeraldas.

—Leí su anuncio, profesor — dijo.

—Me lo dijo mi ayudante cuando concertó la entrevista con usted — sonrió el profesor.

—Permítame que le formule una ligera objeción — dijo Bella.

—Lo que guste, señora — contestó Skawikof amablemente.

—Su anuncio, es un comentario de mi esposo, por supuesto, parece de un charlatán de feria. Me imagino, y no se ofenda, que eso habrá hecho reír a mucha gente.

Skawikof sonrió.

—Precisamente por eso mismo lo redactamos en tal sentido. Un anuncio con datos rigurosos, con una redacción formal y rigorista, basada en datos irrefutables y verídicos, habrían atraído a verdaderas muchedumbres ansiosas de evadir el dolor y prolongar su existencia.

—Evidentemente — concordó Bella.

—Pero un anuncio como el que hemos publicado, con aire intrascendente, populachero incluso, tiene todo el aspecto de la propaganda que se destina a una crema para quitar las arrugas de las mujeres hermosas o unas píldoras para fortalecer y desarrollar el busto. La medicina buena y eficaz no necesita propaganda alguna; sus mismos efectos son su mejor arma publicitaria.

—Tiene usted mucha razón, profesor. Aun así —apuntó la joven —, habrán recibido gran cantidad de llamadas.

—En efecto. Pero hemos ido seleccionando con un criterio muy exclusivista. Sólo nos interesan los sujetos capaces de creer en nuestro método y de pagar un millón.

Bella sintió que se quedaba sin aliento.

—¡Vaya, profesor! Creo que cobrar un millón por su tratamiento es desorbitar un poco las cosas.

—Nos hemos informado acerca de usted y su esposo, el señor de Valera. Según tengo entendido, su esposo, en el momento de firmar las capitulaciones matrimoniales, le otorgó una dote de diez millones. No es mucho, por tanto, pagar un millón por algo que le suprimirá totalmente el dolor y prolongará su existencia durante tres o cuatrocientos años, como mínimo.

La joven se sintió deslumbrada por aquel panorama que le pintaba el profesor Skawikof.

—Supongo — dijo— que, a la prolongación de la existencia, irá unida también la prolongación de la belleza física. Vivir tres siglos

convertida en una momia llena de arrugas es cosa que no me convence, profesor.

—Su hermosura permanecerá inalterable durante la mayor parte del tiempo citado. Desde aquí le garantizo, como mínimo, trescientos años de hermosura sin igual. Y muchos más de existencia sin dolor alguno.

La belleza importaba a la joven mucho más que la ausencia de dolor.

—Le pagaré el millón — dijo con voz ronca.

Skawikof se reclinó en el sillón y juntó las yemas de los dedos.

—Antes de proceder — habló—, quiero hacer algunas advertencias, señora. En primer lugar, firmará un documento autorizando a realizar en su cuerpo cualquier operación tendente a prolongar su existencia y, por supuesto, su actual apariencia física, como asimismo a suprimir el dolor.

—Lo haré — afirmó Bella, encegada por el deseo de vivir cuatrocientos años con la misma apariencia física que ahora tenía.

—Después, será preciso tener en cuenta una cosa: suprimido el dolor, quedarán suprimidas muchas funciones físicas, por no decir todas. El dolor proviene, precisamente, de las actividades del cuerpo humano. Usted, naturalmente, seguirá con el cuerpo que ahora tiene, pero, para no sentir dolor, será necesario hacer en él una serie de transformaciones quirúrgicas que variarán totalmente su aspecto interno. El dolor, lo garantizo, quedará suprimido. Pero no olvide que muchísimas otras funciones quedarán también suprimidas. Por eso le ruego que recapacite antes de firmar su compromiso conmigo.

Los ojos de Bella despedían fuego.

—Usted me garantiza que viviré cuatrocientos años, por lo menos, y tan hermosa como ahora.Sí.

La respuesta de Skawikof carecía de énfasis, pero encerraba una seguridad en sí mismo, que hasta una joven con tan poco seso como Bella pudo percibir.

—¿Dónde está el documento, profesor? — preguntó ella con voz resuelta —. Voy a hacerle el cheque inmediatamente.

—Aguarde un momento — dijo Skawikof —. Antes tenemos que solucionar algunos asuntos pendientes. ¿Lo sabe su esposo?

—No.

—¿Ignora que está aquí en estos momentos?

—Sí.

—Entonces, aparte del secreto que debe guardar con todo el mundo, le aconsejo que regrese a su casa y se traiga ropa suficiente para una estancia de tres meses. Saldrá de su domicilio sin ser vista por nadie, pero dejará escrita una carta a su esposo, diciéndole que estará ausente durante el tiempo citado y que no debe preocuparse en absoluto por su ausencia. Usted buscará el pretexto que crea más adecuado. aunque, claro está, silenciando por completo su internamiento en mi clínica. — Skawikof sonrió—. Tengo la impresión de que a usted no le falta la imaginación suficiente para encontrar la excusa que necesita.

—La encontraré — afirmó Bella rotundamente—. Ahora mismo le extenderé el cheque y...

Skawikof levantó una mano.

—Por favor, mi querida señora — dijo sonriendo con benevolencia—. Cuando vuelva aquí; confío en usted. No obstante — añadió—, a fin de evitar posteriores contratiempos, haga que su banco certifique el cheque.

—¿Nominal?

—Bastará con que sea al portador — respondió Skawikof.

* * *

Lyck Francis miró ansiosamente al profesor Skawikof.

— Estoy dispuesto a pagar lo que sea, con tal de que me haga usted vivir, no trescientos años, sino el tiempo de una existencia normal, profesor.

Skawikof juntó las yemas de sus dedos. Era su gesto favorito.

—¿Tanto como un millón?

Francis respingó.

—¡Un millón!

—Usted mismo acaba de decirme que está condenado a muerte. Si esa condena proviniera de un tribunal de justicia, un millón no le resolvería nada. Pero como sólo se trata de una enfermedad y yo, no sólo puedo curarla, sino prolongar su existencia tres o cuatro siglos, el precio me parece barato. Yo, paciente, daría diez veces más, señor Francis.

—Está bien — rezongó el mencionado, sacando su talonario de cheques—. Si fuese pobre...

—Si fuese pobre, no habría aceptado su visita — respondió Skawikof crudamente.

—Entonces, usted sólo proporciona salud y larga vida a los ricos.

—A los que, por lo menos, pueden pagarme un millón, señor Francis.

—Pero no entiendo cómo no hace público su descubrimiento— dijo Lyck Francis—. Ganaría infinitamente más...

Skawikof sonrió.

—Cada tratamiento es distinto. No se trata de un medicamento en tabletas, como la aspirina, que puede ser administrado a casi todo el mundo. Tampoco son unas pastillas para la tos ni un linimento para los dolores musculares. Cada paciente debe seguir un mismo método en líneas generales, pero algo distinto en lo particular. Una simple apendicetomía es algo que sabe realizar un médico recién graduado, pero, aun así, cada sujeto a quien debe serle extirpado el apéndice presenta determinadas condiciones somáticas que diferencian su operación de la del que espera turno en el antequirófano. Así sucede con mi descubrimiento y esto es, precisamente, lo que encarece su realización. Pero, por lo mismo, la garantía es total y absoluta.

Lyck Francis se rindió.

— Muy bien — dijo—. ¿Cuándo empezamos, profesor?

CAPÍTULO III

La voz del zumbador sonó de pronto. Tony de Valera tocó una palanquita.

— ¿Qué hay? — preguntó.

— Señor de Valera, el señor Bereac desea hablar con usted — declaró la secretaria —. ¿Le paso la comunicación al visófono?

—Claro, no faltaría más.

Tony tocó otra palanquita y en el acto se iluminó la pantalla del visófono. El rostro de un hombre algo mayor que él, de aspecto agradable, le apareció ante sus ojos.

—Hola, Gastón — saludó el joven—. ¿Qué te ocurre?

—Me alegro de verte, Tony — contestó Bereac. Parecía un tanto

preocupado, observó Tony—. Desearía hablarte de algo que me extraña un tanto. No quisiera, sin embargo, causarte molestias…

Tony frunció el ceño.

—¿Qué te ocurre, Gastón? ¿He cometido una pifia en algunos de mis negocios?

Gastón Bereac era uno de los principales directivos del banco a través del cual realizaba el joven sus operaciones financieras.

—Verás — dijo, tras unos segundos de indecisión—, el cajero vino hoy a verme, diciéndome que se había presentado al cobro un cheque firmado por tu mujer.

—¿Y eso te preocupa? — rió el joven—. Vamos, Gastón; no es la primera vez que Bella firma un cheque.

—Hasta ahora nunca había firmado un cheque de un millón, Tony.

El joven calló unos instantes. Gastón Bereac tomó un papel de su mesa y se lo enseñó a través de la pantalla.

—Sí — admitió Tony de Valera al cabo —, la firma es de Bella.

—Lo hemos pagado, naturalmente; no había razón alguna para que rechazásemos la operación — manifestó el banquero —. Por otra parte, el cheque está certificado por el *Transmundial* y ésa es una firma bancaria de primer orden. Supongo que te interesará conocer este detalle.

—Desde luego. Has hecho muy bien, Gastón, muchas gracias.

—De nada. Oye, por favor, cuando hables con Bella, no menciones mi nombre para nada.

Tony emitió una sonrisa de circunstancias.

—Claro, no faltaría más.

Gastón Bereac meneó la cabeza.

—Es curioso — dijo—. Hace dos días, se nos presentó al cobro un cheque análogo, también por un millón. El cajero me ha dicho que no son ésos los primeros, sino que lleva abonados ya, por lo menos, una docena idénticos al que firmó tu esposa.

—¿Se sabe quién el perceptor?—preguntó Tony, por preguntar algo. En aquellos momentos, lo que más le interesaba era lo referente a Bella.

—No. El cheque está ingresado en el *Transmundial* a una cuenta resguardada bajo el anónimo de una cifra y un grupo de letras, además de unas huellas dactilares. Tú ya conoces este

procedimiento; cuando el titular de la cuenta quiere hacer una extracción de fondos, cita las cifras y las letras, estampa sus huellas dactilares y no le hace ya falta firma ni más requisitos. Claro que debe imprimir sus huellas dactilares en presencia del cajero, aunque también se admite el procedimiento, muy poco usual, por cierto, de mostrarlas, en aumento, a través del visófono. Pero siempre han de estamparse a la vista, a fin de eliminar acciones delictivas. En este caso, la suma solicitada se remite a la dirección indicada por el cliente. Como comprenderás, el *Transmundial* guarda celosamente el secreto de sus operaciones bancarias. — Bereac hizo una mueca—. ¡Así progresa tanto, demonios!

—Está bien. — Tony de Valera sonrió de mala gana—. Gracias de todas formas, Gastón.

Bereac volvió a mirar los papeles que tenía sobre la mesa.

—Es curioso — dijo—. El cheque inmediatamente anterior al que libró tu esposa está firmado por un tal Lyck Francis. Fuimos condiscípulos, pero hace muchos años que no sé nada de él. Bueno, no quiero cansarte más; supongo que tienes tu trabajo. Yo tengo también el mío. Hasta la vista, Tony.

—Adiós, Gastón.

Tony cerró la comunicación y se reclinó en el sillón, sumamente pensativo.

Le extrañaba el cheque firmado por Bella, pero más aún le extrañaba su ausencia.

Todavía recordaba el día en que, hacia más de tres meses, había regresado a su casa, encontrándose con una carta de Bella en la cual le decía que estaría una temporada ausente y que no debía preocuparse en absoluto.

«No es ningún secuestro, cariñito—decía la carta—, pero necesito doce semanas de concentración total. Debo hacer un examen introspectivo de mi «ego» y analizarme cuidadosamente. En los últimos tiempos, aunque he procurado no hacértelo ver, para no disgustarte, he sentido flaquear mi espíritu, no mi amor hacia ti; he notado en mi alma ciertas vacilaciones que me conturbaban extraordinariamente. Es por dicha razón que me retiro a una especie de monasterio laico, donde pasaré tres meses en un austero retiro...»

—¡Monsergas! — gruñó Tony, descontento.

Bella era la mujer más encantadora que había conocido, pero también la de cabeza más hueca y vana que podía imaginarse uno. No creía en su retiro reflexivo.

A menos, se decía más de una vez, mordido por el espectro de los celos, que se tratase de una aventura extraconyugal. El millón del cheque, extraído Dios sabía por qué misterioso cuentacorrentista, parecía abonar tal suposición. Pensó si habría obrado bien entregándole los diez millones de dote, de libre disposición. «A veces, se dijo, descontento, el más listo se vuelve idiota en cuanto una chica bonita le guiña un ojo.»

Pero, de pronto, se acordó de un detalle que tema olvidada en lo más profundo de su subconsciente. Cabía la posibilidad de que Bella hubiese ido al citado monasterio. Se imaginó que sería obra del algún siquiatra dotado de viva imaginación, para sacar el dinero a sus clientes ricos, pero algo de verdad debía haber también en las manifestaciones de su linda esposa.

De cuando en cuando, Bella suspendía la conversación, cualquiera que fuese y en cualesquiera lugar y circunstancias, y dejaba vagar la vista a lo lejos, callada, silenciosa, abstrayéndose durante algunos instantes de cuanto la rodeaba. Aquellos incidentes no eran muy frecuentes, pero Tony se preguntó si no tendrían relación con el pretendido retiro que estaba observando en la actualidad y de cuya iniciación no tenía la menor noticia.

¿Qué pensaba en aquellos momentos de abstracción? ¿Hacia qué ignotas regiones se dirigía su mente?

Se prometió a sí mismo averiguarlo apenas regresara Bella a casa. No emplearía la fuerza, por supuesto, sino que lo haría por medio de la persuasión y el cariño. Quizás era que no había sabido comprenderla del todo, pero... ¡si en su estado normal, aparte de encantadora, era la criatura más vana y despreocupada que había conocido!

El caso es que, de repente, se había quedado sin ganas de trabajar. Tiró la pluma a un lado y abrió el interfono.

—Diga, señor de Valera — sonó la voz de la secretaria.

—Tengo que salir—declaró el joven—. Seguramente, no volveré ya hasta mañana.

—Muy bien, señor.

Ordinariamente, Tony utilizaba el camino de todos los

empleados de la empresa. Pero también tenía una puerta de escape para casos necesarios, sobre todo cuando quería dar esquinazo a un visitante demasiado engorroso. Así pues, giró sobre sus talones y se encaminó a la puertecita, disimulada tras una estantería repleta de libros.

Descendió por una escalera de caracol tres pisos más abajo y salió al corredor, fuera ya de la zona de su empresa. Buscó el ascensor y un minuto más tarde, se encontraba en la calle.

Paseó durante un rato, sin rumbo fijo, abstraído en sus pensamientos. Al cabo de un tiempo, de duración indefinible para él, sintió deseos de tomar una taza de café y se metió en el primer bar que le salió al paso.

Se sentó en un taburete y sacó cigarrillos. El camarero le sirvió el café y lo tomó a pequeños sorbos. De pronto, sintió que le golpeaban en un codo.

El cigarrillo que sostenía entre los dedos cayó al suelo como consecuencia del golpe. Volvió la cabeza maquinalmente, pero lo hizo girando un poco el torso. Entonces, fue su codo el que golpeó el bolso que había en el mostrador, el cual cayó al suelo junto al cigarrillo.

Tony saltó del taburete y se apresuró a recoger el bolso, para devolvérselo a su dueña, a la vea que se disculpaba con una sonrisa.

—Excuse mi torpeza, señora — dijo.

—La culpa es mía — sonrió ella —. Le di un golpe en el codo e hice saltar su cigarrillo. Permítame que le ofrezca uno de los míos como compensación.

—Es usted muy amable, señora. — No parecía una buscona, se dijo Tony. Era una chica morena, delgada pero con las curvas debidamente colocadas en su puesto, y muy atractiva. Sus ojos negros, sobre todo, le encantaron de inmediato.

Tomó el cigarrillo y se dio cuenta de que tenía marca particular. Muchos lo hacían así. Bella también tenía los suyos, aunque él prefería los corrientes.

El cigarrillo tenía una inscripción que le chocó de inmediato: *Especiales para Lyck Francis.*

Miró a la joven con aire atónito.

—¿Le ocurre algo? — preguntó ella, extrañada.

—Nada, en absoluto — sonrió Tony, recobrándose de la sorpresa

sufrida—. ¿Es usted pariente de Lyck Francis?

—Su esposa — contestó la joven—. Mi nombre es Fay.

—Me llamo Tony de Valera. Celebro conocerla a usted, señora Francis.

—Encantada, señor de Valera — contestó ella gravemente.

Tony prendió fuego al pitillo de la joven y luego encendió el suyo. Ansiaba preguntarle por qué había extendido su esposo un cheque por valor de un millón, pero no se atrevió a formularle la pregunta, temeroso de una respuesta desabrida.

También le hubiera gustado preguntarle si su esposo estaba ausente. No obstante, vio que Fay Francis no era mujer a la cual pudieran hacérsele determinadas preguntas. Suspiró, lamentando su mala suerte. Quizás entre los dos hubiesen llegado a una conclusión...

Fay terminó su taza de café y aplastó el cigarrillo contra el cenicero que había al lado. Abrió su bolso, pero Tony se le anticipó.

—Permítame, señora —dijo. Depositó una moneda sobre el mostrador—. Guárdese la vuelta — indicó al camarero.

—Muchas gracias, señor — contestó el sirviente.

Fay se bajó del taburete y dirigió una sonrisa al joven.

—He tenido mucho gusto, señor de Valera — dijo.

—Para mí ha sido un honor, señora Francis — contestó Tony.

La joven salió. Caminaba grácilmente, con elegante facilidad, sin contoneos exagerados que habrían destruido la armonía y la gracia de su ritmo.

Tony oyó un suspiro a su lado.

—Guapa chica, ¿eh? — dijo el camarero en tono confianzudo.

—Sí, es muy bonita — convino él. Bella lo era más, sin embargo.

El camarero meneó la cabeza.

—Hay maridos que merecerían cuatro tiros — exclamó, puliendo el mostrador con un paño —. El de esa chica hace más de tres meses que no se le ve el pelo. Si yo estuviese en el sitio de ese imbécil, no a iba a dejar a sol ni a sombra, sí, señor. Pero, en fin, estamos en un país libre y ello incluye la libertad a la estupidez, señor de Valera, digo yo — concluyó el locuaz camarero.

Tony miró al hombre muy sorprendido por lo que acababa de escuchar. A continuación, volvió los ojos hacia la puerta.

Su primera intención fue lanzarse en persecución de la joven

para preguntarle por los motivos de la ausencia de su esposo. Luego reflexionó y se dijo que sería mejor concertar una entrevista con ella, en el lugar que Fay Francis prefiriese.

Depositó un billete de a cincuenta sobre el mostrador.

—Joe, usted conoce el domicilio de esa chica — dijo, guiñándole un ojo.

El billete desapareció en el acto.

—Me llamo Chick, pero eso no tiene importancia. La señora Francis vive muy cerca de aquí. En la misma acera, el setecientos quince. Viene todos los días — agregó—. Solía encontrarse en el bar con su esposo cuando éste salía de trabajar, tomaban un taza de café juntos y luego se iban de paseo. Ahora, no sé qué diablos le pasará al tipo, pero se ha esfumado. Si se largó con otra pájara, ya tiene que ser guapa para ganarla a ella, ¿no le parece a usted, señor de Valera?

Al señor de Valera le parecían otras cosas, ninguna de las cuales, sin embargo, quiso comunicar al camarero. Tiró el cigarrillo al suelo, lo pisoteó maquinalmente y abandonó la cafetería.

El camarero le miró salir y adivinó de inmediato los propósitos del joven. Es decir, creyó adivinarlos, cosa que arrancó de sus labios una sonrisa llena de picardía.

— ¡Los hay impetuosos! — comentó, aplicándose de nuevo a la trascendental labor de pulir el mostrador con el paño.

CAPÍTULO IV

El espejo era de cuerpo entero y devolvía la imagen completa de Bella de Valera. La joven se contempló satisfecha de su figura.

Físicamente, era la misma. Al menos, ella no notaba diferencia alguna, salvo una ligera torpeza en los músculos que, esperaba, desaparecería a no tardar runcho.

Suponía que se debía a la inevitable secuela del tratamiento a que se había sometido y que acabaría desapareciendo algún tiempo después.

En todo caso, era algo que no tenía excesiva importancia.

En cambio, sus funciones intelectuales habían aumentado prodigiosamente. Sentía una agudeza que antes no había poseído jamás, una especie de clarividencia que le hacía captar nuevos detalles en las cosas, con una lucidez que se le antojaba maravillosa. Comprendía que era consecuencia del tratamiento aplicado por el profesor Skawikof y su ayudante Zurmini, y ello la tenía notablemente complacida.

Antes de entrar en la clínica, la lectura era para ella algo que detestaba profundamente. Apenas si hojeaba alguna revista de actualidad — como aquella en que había visto el anuncio que la había conducido a Skawikof—, pero nunca se había sentido con fuerzas para pasar más allá de la décima página de cualquier libro, ni aun del más sencillo. En cambio, ahora...

Recordaba muy bien el incidente ocurrido días antes. Disponía de una habitación, con una, salita de descanso, en la cual había un estante con dos docenas de libros. Por puro aburrimiento, había tomado uno de ellos, que era nada menos que un tratado de Física Superior.

En cualquier otra ocasión. Bella habría arrojado el libro a un rincón sin titubear. Esta vez, sin embargo, se sentó en un sillón y empezó a devorar su contenido, impulsada por una fuerza superior a la cual no se sentía capaz de resistir.

Pero no era eso todo, sino que, además, le bastaban cinco segundos escasos para conocer el contenido de una página entera y, además, grabarla indeleblemente en su memoria. El libro tenía unas ochocientas páginas; le había costado exactamente cuatro mil segundos enterarse de su contenido total; prácticamente, una hora y

algunos minutos más. En realidad, podía decirse que había ido leyendo a medida que pasaba las hojas del libro.

Ello la fascinó, porque podía recordar, en todo momento, cualquier fórmula, por abstrusa que fuera, y los menores detalles de las ilustraciones que aparecían en el interior del volumen. Después, había leído sucesivamente un par de obras de sendos Premios Nobel, un manual de Patología, una geografía lunar, El Quijote, la Divina Comedia, las obras completas de Shakespeare y de Hemingway… e incluso la Biblia, el Capital y Mi Lucha aparecían en aquel confuso revoltijo de libres, lo cual demostraba el poco imaginativo eclecticismo del profesor Skawikof en lo que a literatura universal se refería y que ponía a disposición de sus pacientes.

El caso era que, en aquellos instantes, Bella se sentía capaz de recitar, línea por línea y punto por punto, todos los libros que había leído. Pero, al mismo tiempo que se le habían desarrollado tales facultades, otras habían crecido asimismo en su intelecto. Entre ellas, la de la astucia.

Skawikof no sabía lo que le pasaba ahora. El científico estaba ignorante del fenomenal desarrollo de su mente. Se preguntó si también podría considerarse como una telépata. Tal vez tendría ocasión de comprobarlo más adelante.

Sonaron unos nudillos y corrió a coger su bata, para cubrir su cuerpo desnudo. Cuando lo hubo hecho, exclamó:

—¡Pase!

La puerta se abrió. Skawikof penetró en la estancia, sonriendo satisfecho.

—¿Cómo se encuentra, señora de Valera?

—Perfectamente — contestó ella, sonriendo con toda amabilidad —. Sólo me noto un cierto envaramiento de los músculos…

—Desaparecerá en un par de semanas, quizás antes— afirmó Skawikof—. Pero ya puede hacer su vida normal, con ciertas limitaciones.

Bella enarcó las cejas.

—Usted dirá, profesor.

—He conseguido proporcionarle un cuerpo que resistirá impunemente el paso de, por lo menos, trescientos cincuenta años y tal vea alcance otros cien más. A cambio de eso, le he suprimido

todo el dolor y...

Skawikof se interrumpió.

—¿Y...? — dijo Bella, extrañada por la actitud del profesor.

—Y todas sus necesidades físicas.

Bella trató de analizar la frase.

—Eso supone —dijo lentamente — que no necesito alimentarme, ni...

—Exactamente—afirmó Skawikof—. Usted carece ya casi por completo de las peligrosas limitaciones a que estamos sujetos los humanos. Y digo casi, porque aun la máquina más perfecta necesita algo de alimento para poder marchar... aunque sea en forma de una mínima energía, ¿me ha comprendido?

—Si — contestó ella —. ¿Qué clase de energía utilizaré yo para sustituir los alimentos comunes?

Skawikof se lo dijo. Bella se quedó muy pensativa.

—Así que ése es el precio que he de pagar por la belleza perenne y la ausencia de dolor — dijo.

—Todo cuesta en este mundo, y no lo digo por el precio que yo le he cobrado, señora de Valera. Cuando ingresó en la clínica, fue advertida de lo que le sucedería al igual que del tratamiento. Por otra parte, sin apenas necesidades, sin dolor y con una belleza física inmutables e inalterable durante trescientos o más años, ¿qué otra cosa puede ambicionar?

—Es cierto — musitó ella.

Si precio era altísimo. Bella se sentía en aquellos instantes como un doctor Fausto revivida, gracias al Mefistófeles que era el profesor Skawikof, situado frente a ella. Una existencia sin las onerosas limitaciones de la envolvente carnal, prácticamente una vida mental, una vida sólo intelectual... Éste era el panorama que se abría ante ella.

Pero el profesor Skawikof ignoraba el fenomenal desarrollo de su potencia intelectual. En trescientos años, ¿cuánto no se desarrollarían los poderes de su mente? ¿Era que no iba a saber cómo prolongar, no sólo su existencia, sino también su hermosa apariencia física?

Lanzó una sonrisa.

—Es todo lo que deseaba saber, profesor — habló de nuevo—. Y, dígame, ¿soy la única en estas condiciones?

—No, por supuesto. Hoy damos también de alta a un hombre prematuramente condenado a muerte, Lyck Francis. Y antes que ustedes dos, una docena de personas se sometieron al tratamiento. Todas ellas, como usted y el señor Francis, creyeron ciegamente en la bondad de mis procedimientos y, por lo que yo sé, ninguno, hasta ahora, se siente descontento de su actual situación.

Bella exhaló una argentina carcajada.

—Yo tampoco me siento descontenta, profesor. Ni mucho menos, se lo aseguro — afirmó con acento rotundo. A continuación, preguntó —: ¿Podré salir hoy ya de la clínica?

—Está en disposición de hacerlo cuando le apetezca, señora de Valera — respondió Skawikof.

* * *

Fay Francis contempló con curiosidad al hombre que, sombrero en mano, tenía ante ella, en el umbral de la puerta de su piso.

—Señor de Valera — exclamó, reconociéndolo en el acto.

—Sí, señora Francis — contestó él —. Dispense que me haya presentado en su casa de improviso y sin solicitar previamente una entrevista, pero es que ocurre algo que estimo inquietante y desearía un intercambio de impresiones con usted. Por favor — agregó presurosamente—, no tome mis palabras en otro sentido del que realmente tienen.

Ella se echó a un lado, dirigiéndole una cordial sonrisa.

—Pase, por favor.

Fay le condujo hasta una salita, agradablemente decorada, y luego le preguntó por sus preferencias en materia de bebida. Tony dijo que, por el momento, no sentía ganas de beber.

—¿Me permite que encienda un cigarrillo?

—Claro — contentó ella, sentándose frente a Tony. Aceptó el pitillo que le ofrecían y esperó a que él continuase hablando.

—Señora Francis — dijo Tony al cabo—, quizá mis preguntas la sorprendan e incluso lleguen a enojarla, pero, por favor, comprenda que están hechas con la mejor intención del mundo y que únicamente pretenden esclarecer una situación que presumo embarazosa para los dos.

—No le entiendo — dijo Fay extrañada.

—Ahora verá — respondió el joven—. Esta mañana, por pura casualidad oí mencionar el nombre de su esposo. Luego, la conocí a usted en el bar que hay en esta misma manzana. Cuando usted se marchó, el camarero hizo un comentario que me intrigó sobremanera, sobre todo, teniendo en cuenta que, si es cierto lo que sospecho, ambos nos hallamos en idéntica o muy parecida situación.

El corazón de la muchacha palpitó aceleradamente.

—Por favor, dígame pronto de qué se trata — rogó en tono anhelante.

—Todavía es prematuro sentar conclusiones, sin conocer totalmente los hechos y sus orígenes, señora Francis. Dígame, ¿cuánto tiempo hace que falta su esposo de casa?

—Unos tres meses, aproximadamente.

—¿Dio algún pretexto especial para justificar su ausencia?

—Dijo que estaba un poco cansado del trabajo, que necesitaba reposar en un lugar discreto y alejado del ruido..., según el consejo de su psiquiatra, claro está. Yo me ofrecí a acompañarle, pero él se negó rotundamente. Dijo que el consejo del médico había sido terminante: soledad absoluta. Dejó dispuesto todo para que no me faltase nada en su ausencia, añadió que no debía preocuparme en absoluto y se marchó. Eso es todo cuanto puedo decirle, señor de Valera.

El joven reflexionó unos instantes.

—¿Tiene usted acceso a la cuenta corriente de su esposo?— preguntó al cabo.

—No. Claro que yo dispongo de cierta suma para mis gastos personales — respondió Fay —. Cuando veo que mi cuenta está a punto de agotarse, se lo digo a Lyck y él repone los fondos. ¿Por qué pregunta eso, señor de Valera?

—Verá, he llegado a saber, casualmente, como he dicho ya, que su esposo ha librado un cheque por un millón. Esto no tendría importancia, salvo la estrictamente derivada de la suma en sí, a no ser porque aproximadamente, en las mismas fechas, mi esposa hizo algo muy parecido: esto es, desapareció y firmó otro cheque por la misma cantidad. El pretexto que puso mi esposa era que necesitaba una temporada da retiro, para hacer examen general de sí misma.

Fay palideció horriblemente.

—¡Dios mío! ¿Cree usted que... que Lyck y su... su esposa...? —No se atrevía a completar la frase, por estimar la hipótesis demasiado audaz.

Tony sacudió la cabeza.

—No. Hablando sinceramente, yo no creo que su esposo y mi mujer hayan cometido un delito tan nefando. Es posible que ni siquiera se conozcan, lo cual no excluye la posibilidad de que llegue a producirse ese conocimiento. Tampoco debemos desechar su hipótesis, señora Francis, aunque, personalmente, la dejaría para el último lugar. Hablando claramente, no acabo de imaginar qué es lo que han podido hacer los dos.

—Podríamos llamar a la policía — apuntó Fay débilmente—. Los tres meses de plazo han pasado ya y...

—Esperemos todavía una semana, antes de hacer pública esta noticia—dijo Tony—. Si en ese espacio de tiempo no han aparecido ninguno de los dos, entonces, efectivamente, será, cosa de hacer intervenir a la fuerza policial. Mientras tanto esperemos. Y si usted conoce alguna noticia nueva el respecto, no deje de comunicármela inmediatamente. Yo haré lo mismo, señora Francis.

Tony se puso en pie, dando la entrevista por terminada. Fay le acompañó hasta la puerta.

—Le agradezco mucho su visita — dijo al despedirse.

—Ha sido una espléndida casualidad la que nos ha hecho coincidir en el bar—sonrió él—. De todas formas, ojalá no sea más que una simple alarma, sin consecuencias posteriores. A sus pies, señora.

—Adiós, señor de Valera.

Tony emprendió inmediatamente el regreso a su casa. Cuando llegó, se encontró con la sorpresa de que Bella había vuelto ya.

CAPÍTULO V

Tener sirvientes en aquella época no representaba dificultad alguna, excepto por el hecho de que una simple doncella percibía unos emolumentos nada lejanos de los de un ministro. Tony de Valera podía permitirse el lujo de tener dos. Y cocinera.

A pesar de su enorme fortuna, Tony había sido siempre un

muchacho sencillo y poco dado a la ostentación. Hasta su matrimonio, había vivido con sencillez espartana, en un pequeño apartamiento de soltero que requería pocos cuidados.

Hacía sus comidas en un restaurante próximo y una mujer, en una hora, se cuidaba de dejarle el apartamiento en condiciones de limpieza. Cuando Bella Shantee tomó su apellido, todo cambió.

Ahora vivían en un piso enorme, cuyo alquiler costaba una fortuna. A veces, Tony se preguntaba si su matrimonio habla sido un acierto, cada vez que veía los despilfarros de su esposa. Pero luego ella le sonreía, le dirigía una sonrisa hechicera, le daba un par de besos y todos sus recelos y aprensiones desaparecían inmediatamente. Era tan cariñosa...

La sirviente le informó de que la señora acababa de regresar. Tony estuvo a punto de caerse da espaldas.

—Ahora está en el baño.

Tony tiró el sombrero al aire y corrió hacia el cuarto de baño.

—¡Bella! — gritó—. ¡Abre! ¡Soy Tony!

El ruido del agua al salir por los grifos le hizo repetir su llamada por dos veces. La voz de Bella sonó a poco.

—Espera unos minutos, querido — rogó—. Estoy terminando de bañarme.

Tony consumió dos cigarrillos antes de que se abriese la puerta del baño. Entonces, se precipitó sobre su esposa y la estrujó amorosamente en sus brazos.

—Querida — murmuró—, no sabes cuántas ganas tenia de volver a verte. — Y se inclinó hacia ella para besar sus labios tan añorados.

Bella puso la mano delante.

—Por favor, querido — rogó—, modera tus efusiones. No hace un siglo que nos separamos; sólo fueron tres meses.

—¡Pues a mí me han parecido tres siglos! — exclamó él alegremente—. ¡Y, al diablo con la moderación en las efusiones; ahora mismo me vas a dar un millón de besos, ya lo creo!

Antes de que Bella pudiera protestar, la tomó en sus brazos.

—¡Caramba!—exclamó—. Pesas más que nunca. Y no has engordado. Te han sentado muy bien esos tres meses de retiro, ¿sabes?

—¡Tony, por favor! ¡Bájame al suelo! Tengo que hablar contigo

y más seriamente de lo que a ti te parece.

—Pero, chiquilla, ¿qué te sucede? Cualquiera diría que me odias. ¿Son ésos los efectos de tus tres meses de retiro en ese condenado monasterio laico?

Bella se separó de él un par de pasos, cruzando los brazos bajo el pecho.

—He dicho que tenemos que hablar, Tony — insistió—. Atiéndeme, te lo ruego. Sé que lo que voy a decirte no te gustará, que te causará un lógico dolor, pero espero que llegues a acostumbrarte con el tiempo. Por favor, trata de ser comprensivo y no te excites.

—No te entiendo en absoluto — exclamó Tony, completamente desconcertado— ¿Qué demonios te pasa? ¿Es que te han dado alguna condenada droga en ese sitio que has estado tres meses?

—No, pero me han hecho ver claro en muchas cosas. Tony — respondió ella, impasible—. Me han hecho ver, sobre todo, que el espíritu lo es todo y que el cuerpo no es sino una envolvente deleznable, sujeta a mil miserias y enfermedades, de las cuales yo, afortunadamente, me he librado. Seguirá siendo tu esposa y amándote, pero con un amor puro, sublimado, sólo de los espíritus en intima unión; continuamente a tu lado, para apoyarte, ayudarte y consolarte cuando lo necesites, pero no me pidas más, Tony, porque no podré dártelo. A partir de hoy, ocuparemos habitaciones distintas. Créeme que yo soy la primera en sentirlo, pero no puedo obrar de otra manera.

El joven se quedó con la boca abierta al escuchar el singular parlamento de su bella esposa. De pronto, reaccionando, dijo:

—No hablarás en serio, Bella. Eso que has dicho es una solemne broma.

Una leve sonrisa se formó en los labios de la joven.

—No es broma, querido. Jamás he hablado tan en serio.

Sus ojos se volvieron un instante hacia determinado punto de la habitación. Tony siguió con la vista la mirada de su esposa y al instante lanzó un rugido de cólera.

—Pero, ¿qué diablos…?

Cuando Bella se marchó, había dos camas gemelas en la estancia. Ahora sólo quedaba una.

—He ordenado a las doncellas que preparen tu habitación en el

lado opuesto de la casa — declaró Bella fríamente—. Seguiremos siendo esposos, pero sólo de nombre y ante los demás. A partir de ahora, toda intimidad entre nosotros se ha acabado. No me preguntes por qué, aunque ya te he dado una explicación que, si te esfuerzas en desearlo, puede convencerte a ti mismo. Por lo demás, me es imposible agregar una sola palabra a lo que ya he dicho. Y ahora, por favor, si tienes la bondad de dejarme sola, me vestiré; he de salir a la calle.

Tony perdió los estribos y avanzó hacia la joven, crispando los puños.

—No sé qué rayos te ha pasado, Bella — masculló coléricamente —, pero sí puedo decirte que, al retirarte a ese lugar, cometiste la mayor idiotez del mundo. Tú has ordenado a las doncellas que saquen mi cama de aquí, pero yo haré que la vuelvan inmediatamente.

—Muy bien. Eso no hará que yo duerma en la misma habitación que tú, Tony. Ocuparé una de las destinadas a los huéspedes, hasta que te convenzas de la firmeza de mis intenciones que no pienso traicionar por ningún motivo.

Tony de Valera miró fijamente a su mujer durante algunos minutos. Lentamente, la comprensión fue entrando en su cerebro. Algún timador había imbuido extrañas ideas en la mente de Bella. Sólo el espíritu, la deleznable envoltura carnal..., había oído hablar así a más de un aprovechado charlatán, que luego se pegaba la gran vida con el dinero que sacaba a sus incautos clientes, regalando y dando trato real a aquel cuerpo del que tantas pestes echaba públicamente.

«Eso le pasa porque no tiene, un par de chiquillos de los que cuidarse — pensó, calmándose un poco—. Bueno, todo pasa con el tiempo y ella no es una excepción. Dentro de unas semanas, nos reiremos de esta chifladura los dos y volverá a ser la que era.»

Esbozó una sonrisa, a la vez que enseñaba las palmas de las manos.

—Muy bien, querida; quédate en el dormitorio. Yo me iré al otro. Tal vez tengas razón y yo sea tan torpe que no sé ver bien las cosas. Perdona si me he mostrado un poco rudo, pero debes comprenderme...

Bella sonrió también.

— En realidad—dijo astutamente—, me habrías defraudado si te hubiese conformado sin protestar. Anda, ven; no quiero seguir viéndote con esa cara de enfado. Dame un beso.

Pero le ofreció la mejilla. Y Tony notó que estaba fría.

Al quedarse sola, Bella se despojó de la bata de baño y empezó a vestirse. Tenía que salir y hacer algunas compras sin pérdida de tiempo.

Se contempló al espejo, satisfecha de su apariencia. No había variado en absoluto; antes al contrario, incluso creía haber ganado con el cambio. Esto, en lo físico; en lo intelectual, la ganancia había resultado fabulosa. Ni ella misma acababa de dar crédito a lo que le sucedía.

* * *

Al día siguiente, cuando Tony regresó a su casa, después de la jornada cotidiana, se encontró un espectáculo inusitado.

Había cuatro grandes cajones en el vestíbulo, todos ellos repletos de libros, que las dos doncellas sacaban y colocaban luego en unas grandes estanterías puestas apresuradamente en el salón de estar. Tony creyó que veía visiones.

—¿Quién ha traído estos libros? — preguntó—. ¿No se tratará de un error?

—No lo creo, señor — contestó una de las doncellas—. La señora anunció que los enviaban de la librería y nos dio orden de colocarlos en las estanterías que los carpinteros montaron esta mañana en el salón.

El joven se quedó estupefacto. ¡Pero si Bella sentía verdadero horror por la letra impresa! Todo lo que no fueran los grabados de las revistas de sociedad o de modas era para ella poco menos que chino. Ni siquiera era aficionada a leer historietas ilustradas. El hecho de que hubiese encargado nada menos que cuatro grandes cajones, atiborrados de libros bien encuadernados le dejó sumido en una enorme perplejidad

Inclinándose, tomó uno de los volúmenes al azar. Era un «Tratado de la Filosofía Europea en los Siglos XIX y XX».

—Si lo hace como adorno — se dijo de pronto—, la verdad es que no queda tan mal del todo. ¿Será que ahora le ha dado por

aparecer culta a los ojos de la gente?

Otro de los libros era un «Manual de Química Orgánica Superior». Había también una Historia Universal en veinte volúmenes, un «Estudio Comparativo de las Grandes Colonizaciones en la Edad Moderna», un «Manual de Álgebra y Trigonometría Astronáuticas», las obras completas de Voltaire y de Pearl S. Buck...

No había orden ni concierto en los títulos ni en el contenido de los libros. Daba la sensación de que Bella había entrado en una librería y los había ido escogiendo a ciegas.

«Póngame dos toneladas de libros y páseme la factura» era lo que debía de haber dicho, a juzgar por aquel infernal revoltijo de títulos.

—¿Está la señora en casa?—preguntó.

—Sí, señor. En el salón, leyendo.

Tony se llevó las manos a la cabeza. Luego, se encaminó al salón.

Bella estaba sentada en un cómodo butacón, muy abstraída, al parecer, en la lectura de un libro de contenido fascinante, a juzgar por su expresión absorta y concentrada.

—Bella — dijo él.

La joven levantó la cabeza y sonrió.

—Hola, Tony —dijo—. ¿Qué tal te encuentras?

—Asombrado — respondió Tony francamente y sin vacilar.

—Lo dices, sin duda, por esto —señaló con un ademán los estantes a medio llenar.

—Así es, en efecto — convino el joven.

—Durante mi retiro — declaró Bella—, he reflexionado profundamente. Tuve tiempo para hacerlo. Examiné a fondo mi interior y vi que mi vida había sido hasta ahora vacua y carente de objetivos. Soy hermosa, pero no tengo cultura. Estoy tratando de subsanar ahora ese tremendo vacío en mi intelecto.

—Todo eso me parece muy bien — asintió Tony —. En lo único que no estoy de acuerdo contigo es que carezcas de objetivos. Hace casi cinco años que nos casamos y un par de chiquillos, sin arrebatarte tus legítimos deseos de aumentar tus conocimientos culturales, habrían cubierto el principal objetivo de toda mujer casada.

Bella hizo un gesto de desdén.

—¡Niños! — contestó, en tono despectivo —. Por favor, no me compares a las demás mujeres. Yo no soy tan vulgar, Tony.

—Eso es lo que me está pareciendo a mi — murmuró él sombríamente. En aquel momento, las dos doncellas entraban con sendos rimeros de libros y se dio cuenta de que no era prudente continuar una conversación tan resbaladiza—. ¿Qué estás leyendo, querida?

Ella levantó el libro, con objeto de que pudiese leer el título de la tapa.

Era el siguiente:

Tratado de Biocibernética
por el profesor
Y. Skawikof

Tony frunció el ceño.

—Un poco complicado para tus todavía limitados conocimientos, ¿no crees? Y, más todavía, muy aburrido, diría yo.

Ella le dirigió una sonrisa encantadora.

—Para mí, resulta una lectura fascinante—contestó.

CAPÍTULO VI

En dos semanas, Bella de Valera devoró el contenido de todos los libros de su biblioteca.

Todo cuanto estaba impreso en ellos — eran casi dos mil, en realidad—, pasó a su cerebro con caracteres indelebles. No olvidaría ya ni una sola silaba de cuanto había leído hasta aquel momento.

Su cultura era ahora fenomenal. Sin embargo, se daba cuenta claramente de que todavía le faltaba mucho por aprender.

— Tengo que comprar más libros — se dijo. Así como su contenido, recordaba también todos los títulos y autores, a la perfección, de modo que no corría el menor riesgo de adquirir uno repetido—. Y tendré también que preparar otra habitación para colocar los nuevos volúmenes que compre.

Pero antes debía hacer otra cosa. Quería comprobar si había alguien más que poseyera semejantes facultades.

Se sentó ante la mesita que sostenía el visófono, presionó el

interruptor y marcó un número.

A poco, un rostro de hombre apareció en la pantalla. Una sonrisa distendió los labios del individuo.

—¿Qué tal, señora de Valera? — saludó.

—Encantada de verle, señor Francis — dijo ella, sonriendo también—. Tengo deseos do charlar con usted. ¿Cuándo le parece que lo hagamos?

—Es curioso — dijo Lyck Francis—, En estos mismos momentos, estaba pensando en usted. Por supuesto — añadió —, cuando quiera.

—Gracias — dijo ella. Reflexionó un momento sobre las palabras de su interlocutor y dijo que merecería la pena ahondar en su significado, pero no a solas—. Sugiérame usted un lugar discreto, señor Francis.

—¿Qué le parece el *Kosly's?* Tercera Avenida, dos mil ochocientos noventa. Estaré allí a las cinco y media en punto.

—De acuerdo. Hasta luego, señor Francis.

—Hasta la vista, señora de Valera.

Al borrarse la imagen de la joven en la pantalla, Lyck Francis marcó otro número.

El rostro de Fay apareció a poco en el vidrio deslustrado.

—Dime, querido.

—Tardaré un poco en llegar — anunció él—. No me esperes.

—Como quieras — respondió ella. Cortó la comunicación y, sin poder contenerse, escondió la cara entre las manos y rompió a llorar. ¿Por qué se mostraba Lyck tan desviado hacia ella? ¿Había alguna mujer da por medio?

Su llanto duró pocos minutos. Rehaciéndose, fue al tocador y reparó los estragos que las lágrimas habían causado en sus lindos ojos. Después, se arregló para salir.

Media hora más tarde, estaba situada en un lugar discreto, observando la puerta del edificio donde su esposo tenía las oficinas. A las cinco en punto, le vio salir y subir a su coche.

Le siguió sin ser vista, hasta un pequeño bar situado en la Tercera Avenida. Lyck no se dio cuenta de la persecución de que era objeto.

Pero Fay sufrió un terrible golpe al darse cuenta de que sus sospechas se habían convertido en la más triste y amarga de las

realidades. Con el corazón destrozado por la pena, regresó a su casa.

* * *

Las dos copas permanecían intactas. Lyck Francis y Bella de Valera permanecían frente a frente, comunicándose mutuamente sus descubrimientos.

También Lyck había descubierto su fabulosa capacidad para leer rapidísimamente y grabar en su memoria de modo indeleble cuanto desfilaba ante sus ojos.

— Esto es consecuencia indudable del tratamiento que nos aplicó el profesor Skawikof— dijo—. Yo mismo, en mis oficinas, tomo ahora decisiones que antes me habrían costado días enteros de maduras reflexiones. Ahora, cuando surge un problema, particularmente difícil, mis socios me lo encomiendan a mí, seguros de que se lo resolveré en un dos por tres. Incluso he llegado a calcular, con un mínimo de error, las fluctuaciones de la bolsa durante dos semanas. Obvio es decirle las ganancias que mis jugadas aportaron a la sociedad.

—Eso es algo que no se me había ocurrido a mí todavía — dijo Bella—. Desconozco por completo el mecanismo de las operaciones bursátiles y sería interesante que me impusiera de ello. ¿Conoce usted algunos libros que traten de ese asunto?

Francis le citó dos o tres. Bella no necesitó anotárselos; sabía que los títulos estaban tan seguros en su memoria como si hubiesen sido grabados en planchas de bronce.

—Otra cosa, y en ello hace ya algún tiempo que yo venía pensando — dijo la joven—. Cuando yo le llamé usted mencionó que en esos momentos pensaba en mí.

—Así es. Yo estaba ocupado despachando unos documentos de la empresa cuando, no sé cómo, me acordé de usted. En el mismo momento, sonó el timbre del visófono y…

—Como digo, hace tiempo que se me ocurrió esta posibilidad, sobre todo al advertir este fenomenal desarrollo del intelecto después del tratamiento del profesor Skawikof. Poseemos una visión instantánea y una memoria fotográfica, a cambio de lo cual hemos «vendido», por así decirlo, todas nuestras necesidades fisiológicas.

Pero, ¿no se le ha ocurrido que también podemos ser telépatas?

Francis analizó aquella posibilidad.

—¿Por qué no? Quizá nuestro cerebro no ha hecho sino empezar a desarrollar sus fenomenales facultades síquicas. La rapidez de visión y el aumento de memoria se produjeron incluso antes de salir de la clínica. Pero esto es, por decirlo de algún modo, como una consecuencia inmediata del tratamiento. Las consecuencias más remotas son, como aseguró el profesor Skawikof, la ausencia de dolor y la prolongación de la existencia durante tres o cuatro siglos. Pero él no habló para nada de la facultad de comunicarnos mentalmente.

—Podemos hacer pruebas en los días sucesivos — sugirió Bella —. Convengamos unas horas determinadas y tratemos de establecer una comunicación mental. Poco a poco al principio, esto es algo que nadie nos puede enseñar, porque los libros que tratan de la materia no pueden estar escritos por expertos, lógicamente, y luego, con mayor intensidad, hasta poder enlazar nuestras mentes no importa la distancia que nos separe. ¿Qué le parece a usted?

—Magnífico — aprobó Francis —. Empezaremos por unos minutos tan sólo en los primeros días. Durante una semana, nos comunicaremos a la hora del *lunch*; es la menos sospechosa y en la que menos riesgo corro yo de que me interrumpan con problemas de la oficina. Si prefiere otra hora...

—No. Las doce del mediodía es una hora adecuada— aceptó Bella—. Y ahora, pasemos a hablar de otro tema. Skawikof mencionó que unas doce personas habían recibido el tratamiento antes que nosotros. ¿No le parece que convendría formar una especie de unión o de club entre todos?

—¿Exclusivo? — preguntó Francis.

—¿Qué quiere decir con exclusivo?

—Un club al cual sólo tengan acceso, y derecho a discutir los problemas que nos crea nuestra nueva situación, los que han sido tratados por el profesor Skawikof.

—Entiendo — dijo Bella pensativamente—, Pero si Skawikof continúa con su clínica, el club se agrandará.

—Es lógico. No veo cómo podemos evitarlo, Bella. — Francis suprimió el tratamiento y ella sonrió.

—Si el club se agranda — dijo la joven—, corremos el riesgo de

que la cosa se haga pública y pierda exclusividad.

—Por ahora, sin embargo, Skawikof guarda silencio.

—Yo diría que, muy posiblemente, su tratamiento es algo que debe estar severamente prohibido por las leyes. De lo contrario, ¿no cree que hubiera lanzado su informe a la Academia Mundial de Ciencias? ¿Qué sabio hubiera resistido a la tentación de obtener una fama semejante?

Bella asintió pensativamente.

—Pero lo lleva en secreto y no quiere que se haga público— murmuró—. Lo cual, no deja de favorecernos. Escucha — dijo Bella, tuteándole de pronto—, contándonos a nosotros dos, somos unos catorce.

—Si, aproximadamente.

Los ojos de la joven brillaban de un modo singular.

—Nuestras necesidades físicas han sido eliminadas— dijo——. A cambio de ello, hemos recibido la juventud eterna y la ausencia del dolor, pero, sobre todo, un increíble desarrollo de nuestras facultades mentales. Si Skawikof empieza a lanzar al mundo a seres como nosotros, la cosa, diciéndolo crudamente, perdería su gracia, ¿no te parece?

—Claro — exclamó Lyck Francis—. Seriamos demasiados.

—Dentro de un año, dos a lo sumo—siguió Bella—, preveo que habremos alcanzado unos poderes fenomenales. No importa que, en ese plazo, Skawikof haya tratado a unas quince personas más. Pero, si sigue así, a razón de ocho por año, en diez años, podría tratar a ochenta personas, que con las catorce que ya somos, sumaríamos cerca del centenar.

—Demasiadas — dijo Lyck Francis con ojos brillantes. Estaba tratando de sondear la mente de la joven, pero no hacía falta tanto; la expresión de su rostro dejaba traslucir claramente los sentimientos que anidaban en su interior.

Bella sonrió perversamente.

—Para ese exceso de superseres, imposible todavía, pero probable, prácticamente seguro, sólo hay una solución, Lyck.

—Una solución — repitió Francis—. ¿Cómo la llevamos a la práctica?

—Tendremos que idear un medio. ¿Cuándo volvemos a vernos de nuevo?

—¿Mañana a estas horas y aquí?

—De acuerdo — aceptó Bella—. Tú me explicas el plan que hayas ideado y yo te explicaré el mío. Entre los dos, hallaremos uno factible y seguro.

—Claro — sonrió Francis—. No podemos fallar.

Se puso en pie y depositó un billete sobre la mesa. Luego, tomando la mano de la joven, se inclinó y la besó con refinada galantería.

—He tenido un placer inmenso al saludarla, señora de Valera — se despidió.

—El placer ha sido mío, señor Francis — contestó ella, dirigiéndole una educada sonrisa.

Francis se marchó. Bella le siguió un poco más tarde.

Entonces, el camarero se acercó a la mesa y recogió el billete.

Las dos copas pedidas estaban intactas.

—Cualquiera diría que les he servido matarratas — masculló. Tomó una copa y la despachó de un solo trago. Luego llegó la otra al mostrador—. Toma, Johnny, la casa paga — exclamó de buen humor al invitar al otro camarero.

CAPÍTULO VII

La secretaria miró de arriba abajo a la mujer que esperaba al otro lado de la mesa y, tras unos segundos de vacilación, contestó:

—El señor de Valera no recibe si no ha concertado previamente la cita.

—Dígale que se trata de la señora Francis — dijo Fay impasible —. Sólo eso. Me recibirá en el acto.

—Y si no se lo dice, estoy segura de que cuando se entere de que he estado aquí y me ha hecho esperar siquiera cinco minutos, la pondrá de patitas en la calle.

La empleada cobró miedo. Era una mujer joven y muy bella la que tenía frente a sí. Debía de ser rica porque, pese a la sencillez de su atavío, se notaba que era costoso y procedente de alguna firma de valor en el campo de la alta costura. Cuando hablaba con tanta seguridad, era que tenía motivos para ello.

—¡Pues claro que sí! — contestó Tony, apenas le hubo

anunciado la presencia de la joven—. ¡Que pase inmediatamente!

Fay dirigió a la secretaria una leve sonrisa, como diciendo: «¿Lo ve usted?», y luego caminó hacia la puerta que estaba al fondo de la antecámara.

Tony en persona acudió a abrirle. Tomó sus manos y la hizo pasar al interior de su despacho, haciéndola sentarse en un cómodo sillón frente a él. Ofreció bebidas a la joven, pero ella no quiso aceptar otra cosa que un cigarrillo.

—Tengo noticias que comunicarle, señor de Valera— dijo ella, después de haber aspirado la primera bocanada de humo.

—Interesante — murmuró él —. ¿Ha averiguado algo?

—Sí. Ayer, a la hora del *lunch,* su esposa y mi marido se encontraron en un discreto bar de la Tercera Avenida.

Tony encajó el golpe sin pestañear. Así, pues, se trataba de un vulgar engaño.

—Nunca creí que ella me hiciera una cosa semejante — dijo.

—Lo mismo me pasa a mi — declaró Fay—. Fue un golpe muy duro, créame.

—Por supuesto. — Tony guardó el encendedor y empezó a pasearse por la estancia—. Ahora se comprende que durmamos en habitaciones separadas.

Había hablado maquinalmente, como en un soliloquio, pero no se dio cuenta de que Fay estaba a su lado.

—¡Cómo!—exclamó la joven—. ¿También su esposa duerme en una habitación separada de la suya, señor de Valera?

Tony frenó sus paseos y miró a Fay.

—No me diga que su esposo tiene un dormitorio independiente del suyo, señora Francis.

Fay enrojeció, a la vez que bajaba la cabeza.

—No lo hubiera confesado a nadie, de no haberle oído a usted semejante frase, pero así es — dijo con voz sorda.

—¡Pero eso es ilógico! —exclamó Tony—. Cuando un esposo engaña al otro cónyuge, se esfuerza en hacer vida normal, a fin de que el engañado no perciba la traición de que es objeto. Y mi esposa, el mismo día en que regresó de su retiro en ese maldito monasterio laico, ya dispuso la separación de cuerpos.

Tony la miró fijamente durante algunos segundos.

—Dígame, señora Francis. Después de esa temporada de

descanso, ¿su esposo ha vuelto con una infinita ansia de conocimientos? ¿Devora todo libro que cae en sus manos?

—¡Oh, sí! —afirmó Fay—. Cuando regresa a casa de su labor, se pone a leer y, supongo, debe de estar leyendo hasta altas horas de la noche. No puedo asegurarlo rotundamente, ya que ocupamos dormitorios distintos. En cambio, sí puedo decirle que la casa está atestada de libros.

—Lo mismo que la mía — murmuró Tony.

—Pero hay otra cosa — añadió Fay—. Nunca comemos juntos. Cuando yo me levanto, encuentro a mi esposo siempre en pie y dice que ya ha tomado una taza de café. El *lunch* lo toma a mediodía, en un alto de su trabajo, en un restaurante rápido que tiene cerca de su oficina. Por las noches, se hace servir en su cuarto una cena corriente y… Bien— dijo ella, sumamente desalentada—, el caso es que tengo que comer sola siempre.

—Lo mismo me sucede a mí — declaró el joven—. Desde que volvió, no hemos vuelto a tomar siquiera una copa juntos. ¿Qué les pasará?

Fay guardó silencio. Intuía que aquel misterio era mucho más profundo y encerraba una serie de problemas mucho mayores, que los simplemente derivados de un vulgar engaño extraconyugal. De pronto, Tony de Valera lanzó una exclamación:

—¡Señora Francis! Si mal no recuerdo, usted dijo en cierta ocasión que el siquiatra había recomendado a su esposo esa temporada de retiro.

—En efecto — asintió Fay.

—¿Recuerda usted el nombre del siquiatra?

—Sí. El doctor Lannell

—Muy bien. — Tony se inclinó sobre la mesa, abrió el interfono y dijo —: Señorita, haga el favor de buscar en la guía el número visofónico del doctor Lannell, siquiatra. Diga que hace la llamada en nombre de la señora Francis.

—Bien, señor.

Tony cerró el interfono y miró a la joven.

—Cuando esté hecha la conexión, pregúntele si recomendó a su esposo ese descanso en un total retiro.

—Entiendo — dijo Fay.

Un momento después, sonaba el zumbador del interfono. La

secretaria dijo:

—El doctor Lannell en línea.

Tony conectó el visófono, aunque cuidando mucho de no situarse ante el objetivo a fin de no ser visto. Fay se puso en pie y nerviosamente se acercó al aparato.

—¿Cómo está, doctor Lannell? Soy la señora Francis.

—Encantado de saludarla, señora — respondió el siquiatra—. ¿Puedo serle útil en algo?

—Si, doctor. Usted atendió hace algunos años a mi esposo, en una pequeña depresión nerviosa que sufrió.

—Lo recuerdo perfectamente. ¿Y...?

—¿Fue a consultarle mi esposo hará unos cuatro meses?

—No, señora Francis, en absoluto.

—¿Está seguro, doctor? ¿Quiere consultar su agenda de notas?

—Tengo buena memoria, señora — sonrió el siquiatra —. En todo caso, habrá ido a consultar a otro colega. Pero yo, repito no le he visto desde hará unos tres años.

—Está bien, muchas gracias, doctor.

—A sus órdenes, señora Francis.

Fay cortó la comunicación.

—Tal vez el doctor Lannell tenga razón y fue a ver a otro médico — murmuró.

—No — contradijo Tony en tono firme—. Su esposo no visitó a ningún siquiatra. Estuvo retirado en un lugar discreto, lo mismo que mi esposa, y ambos, recuérdelo, volvieron en la misma fecha, y con las mismas aficiones y con los mismos y nuevos defectos. Algo raro ha ocurrido aquí y no se trata tan sólo de una desviación del cariño respectivo que ellos nos tenían.

—Entonces, ¿qué sugiere usted que hagamos?

—Por el momento, dejar que todo siga igual. En modo alguno nos conviene que ellos sepan que conocemos su secreto. Es decir, no todo, sino parte de su secreto. No podemos, ni nos conviene hacer nada, mientras no tengamos motivos para actuar apoyándonos en una base firme. Mientras tanto, usted continúe su vida normal... Es decir, la actual normalidad, que no lo es. Yo haré lo mismo y, descuide, ya la tendré al corriente de mis investigaciones.

Fay se puso en pie y esbozó una tímida sonrisa.

—Gracias — dijo, alargando su mano—. Ahora, en medio de

todo, me siento un poco mejor.

Tony sonrió también.

—No se preocupe. Su esposo acabará por volver a usted, se lo garantizo.

Ella se ruborizó intensamente.

—¡Dios le oiga, señor de Valera! — murmuró fervorosamente.

* * *

Tony de Valera consumió dos bocadillos, una botella de cerveza y remató la tarea con una taza de café. Siguió en la barra del *snack* durante media hora más, hasta que por fin, la muchedumbre de empleados que habían acudido a tomar el *lunch* del mediodía, desapareció de nuevo en dirección a sus oficinas. Sólo quedaron unos cuantos individuos desperdigados por las mesas del local.

Entonces, el joven llamó al camarero. Puso un billete de a cincuenta sobre el mostrador y lo tapó en la mano, aunque dejando que se viera parcialmente.

—¿Sí, señor? —dijo el camarero, mirando vorazmente el billete.

—Esperaba al señor Francis para hablar de negocios— dijo Tony en tono corriente—, pero no ha acudido.

—Oh —dijo el camarero—, hace ya algún tiempo— que no acude a este restaurante, señor.

Tony levantó la mano y dejó que el barman se apoderase del billete.

—¿Por qué? — preguntó—. ¿Es que se ha enfadado con el cocinero?

El hombre rió cortésmente.

—No, señor. Ahora le ha dado la manía de encargar que le suban el *lunch* a su oficina. Yo no lo sabía, pero me extrañó su ausencia después de años seguidos de venir a tomar aquí su bocadillo de mediodía. Entonces, pregunté y... Bueno, le envían un par de bocadillos y una botella de cerveza. Eso es todo lo que sé.

Tony movió la cabeza.

—Lo cual demuestra dos cosas: primero, es un hombre tan atareado que no tiene tiempo ni de bajar aquí, a tomar su *lunch*. Y segundo, la cocina de la casa sigue siendo tan buena como de costumbre. Gracias por todo, amigo.

—A usted, señor.

Tony regresó a su casa aquella tarde, sumamente preocupado por el descubrimiento que acababa de hacer. Ni Lyck Francis ni su esposa comían en público. Esto era un detalle observado por él desde un principio, pero que ahora cobraba un nuevo valor, al enterarse de que el espeso de Fay también hacía lo propio.

En el vestíbulo se encontró un nuevo cajón con libros. ¿De dónde diablos le había salido a Bella tal afición por la lectura?

Bella cruzaba en aquel instante por el salón, con un par de libros cajo el brazo. Al verla pasar, más hermosa que nunca, infinitamente deseable, no pudo evitar la ardiente puñalada de los celos.

Ella le vio y le dirigió una cálida sonrisa.

—Querido, cómo me alegro de verte — saludó con voz melodiosa.

—Estás guapísima — alabó él, dominando sus sentimientos—. Ese traje te sienta estupendamente. Parece un guante, pero no de los corrientes, sino de los que usan los cirujanos en los quirófanos, que se ajustan más a la mano.

La comparación era exacta. Bella vestía un traje do tejido de oro, de una sola pieza, cerrado de cuello y mangas, con zapatos adecuados de alto tacón, que moldeaba a la perfección las armoniosas líneas de su cuerpo de diosa griega. Era realmente una mujer hermosa, y su belleza estaba subrayada por el modo tan cuidadoso en que tenía recogidos los cabellos de oro, en un ancho rodete en lo alto de la cabeza, que parecía una corona bizantina.

Sonrió al escuchar las alabanzas de su esposo.

—Me alegra mucho oírte hablar así — contestó reposadamente —. Pensaba que todavía te duraría el enfado por mi nuevo modo de contemplar la vida.

—Claro que no — contestó él, acercándosele—. Al contrario, el hecho de que te sientas tan deseosa de aumentar tus conocimientos me llena de orgullo.

—Gracias, amor—dijo la joven, ofreciéndole la mejilla para que él la besara—. Y ahora, habrás de dispensarme, pero tengo una cita con un filósofo muy interesante. Ah, cenaré en mi habitación.

—Como quieras, cariño.

Bella se alejó, contemplada por su esposo, en cuyo pecho ardía un infierno de cien sentimientos distintos. No obstante, Tony se dijo

que debía esforzarse por mantener el dominio de sí mismo, hasta que hubiera hallado la solución total a aquel enigma que tanto le acongojaba.

Por su parte, Bella estaba también bastante preocupada. Tony había mencionado el cirujano y su quirófano. ¿Era que sabía algo? ¿Sospechaba la verdad?

Sería terrible, se dijo que hubiera averiguado lo que pasaba en realidad. Entonces, sólo había una cosa posible que hacer.

Le dolería mucho, pero no tendría otro remedio que poner en práctica la idea que acababa de concebir. En modo alguno podía permitir que Tony llegara a conocer su secreto.

Claro que le iba a resultar difícil. Al día siguiente era sábado y ella y Lyck tenían concertada una cita juntos, para acudir a una visita. Una vez hubieran terminado lo que tenían que hacer, las posibilidades de ser descubiertos habrían sufrido una considerable reducción en su número.

Se preguntó por qué no podía penetrar en la mente de Tony. Había intentado llegar hasta el fondo de su cerebro, pero no lo había conseguido, por más esfuerzos que había realizado. En cambio, la prueba efectuada a mediodía con Lyck Francis había dado resultado enteramente satisfactorio.

Y todavía no era más que el principio, se dijo. ¿Qué pasaría cuando hubiesen entrenado su mente lo bastante como para poder comunicarse en cualquier circunstancia de tiempo y de lugar y, sobre todo, de modo instantáneo?

Sonrió satisfecha, porque sabía que pronto Lyck y ella y sus «amigos» iban a alcanzar un poder total, fabuloso, indescriptible, como jamás nadie antes que ellos lo había tenido.

CAPITULO VIII

LYCK FRANCIS detuvo el coche a poca distancia del laboratorio del profesor Skawikof.

——¿Has traído todo lo necesario?— preguntó Bella de Valera.

——Claro.

Francis abrió la portezuela y saltó al suelo. Bella se apeó por el otro lado.

La joven llevaba en la mano un bolso de piel de cocodrilo.

Francis se inclinó y extrajo del asiento posterior un maletín de regular tamaño y bastante pesado.

— ¿Vamos?

Ella asintió, sin mostrar en su hermoso rostro la menor emoción. Caminaron hasta llegar al pesado portón blindado que cerraba la entrada a la clínica.

Bella presionó el timbre de llamada. A poco, una voz humana surgió al exterior por medio de un altoparlante hábilmente disimulado.

—¿Quién es?

—Bella de Valera — dijo la joven—. Tengo urgente precisión de hablar con el profesor Skawikof.

—Un momento, por favor, señora.

Esperaron. Bella tenía la mano metida dentro del bolso.

La puerta se descorrió a un lado treinta segundos después. El ayudante Zurmini apareció ante los ojos de la pareja.

—Hola — saludó con cierto recelo—. ¿Qué...?

No pudo decir más. Bella acababa de sacar de su bolso una pistola, con la que disparó al rostro de Zurmini.

Los ojos del ayudante se dilataron un instante. Luego se cerraron y se desplomó al suelo.

Francis dejó la maleta y se inclinó sobre el caído.

—Perfecto — dijo.

—Dormirá tres o cuatro horas — declaró Bella —. Suficiente para nuestros planes.

Francis agarró al caído y arrastró su cuerpo hasta el interior del pasillo que daba a las habitaciones interiores. Mientras tanto, Bella manejaba el control de apertura de la puerta y la hacía deslizarse en sentido contrario.

Caminaron por el corredor, hasta llegar a la puerta del despacho de Skawikof. Francis llamó con los nudillos.

—Adelante.

La pareja cruzó el umbral. Skawikof se puso en pie al verles.

—¿Qué tal, señora de Valera? — saludó—. ¿Señor Francis? ¿Puedo serles útil en algo?

—Sí — contestó la joven con acento tajante. Y por segunda vez volvió a utilizar su pistola de gas anestésico, que derribó a Skawikof al suelo al pie de la mesa.

—Magnifico — aprobó Francis, sin levantar 1a voz.

Salieron del despacho unos minutos más tarde y se encaminaron al quirófano, una vasta pieza, dotada de una serie de aparatos e instrumentos que hubieran causado el asombro del cirujano más capacitado, de hallarse en condiciones de poder contemplar aquel inenarrable espectáculo.

Entre las cosas que más llamaban la atención, había unos largos cilindros de vidrio, transparentes en su mitad longitudinal superior, dentro de los cuales se divisaban dos cuerpos humanos desnudos, tendidos, completamente inmóviles. Era un hombre y una mujer, jóvenes y atractivos ambos.

Bella meneó la cabeza.

—Lo siento — murmuró—. Me gustaría poder dejarles con vida, pero no…

—Los sentimientos están fuera de lugar — dijo Francis en tono glacial.

—Tienes razón — contestó ella—. Bien, ya puedes poner en marcha el aparato. ¿Cuándo funcionará?

—Dentro de cuarenta minutos, exactamente.

—Para entonces, ya estaremos de sobra en la ciudad.

Francis se arrodilló y abrió la maleta. Manipuló en ella unos instantes y luego dio media vuelta a un interruptor.

—Acabo de poner en marcha el reloj — dijo.

—De acuerdo. Vámonos.

Dejaron el laboratorio. Al llegar al vestíbulo, Francis indicó a la joven que saliera ella primero. Bella accedió.

Francis manejó el botón de apertura y el portón se deslizó pesadamente a un lado. Cuando Bella hubo cruzado el umbral, volvió a presionar el botón, dio un salto y salió fuera, cinco segundos antes de que la puerta blindada volviera a cerrarse de nuevo.

Se acomodaron en el coche. Francis lo puso en marcha.

Bella sonrió satisfecha, mientras el vehículo salía a la autopista general. Palmeó elocuentemente el bolso con la mano.

—Aquí está la lista de los hermanos — dijo—. ¿Cuándo celebramos la primera reunión?

Francis titubeó unos momentos.

—Esperaremos una semana todavía. Dejemos que se calme el

ruido de la explosión. Después, enviaremos una carta a cada uno de los interesados. Mientras tanto, yo me ocuparé de buscar un local discreto para celebrar las reuniones, sin levantar sospechas.

—De acuerdo.

* * *

La doncella desfiló empujando el carrito con la cena, por delante de Tony de Valera. El joven estaba leyendo el periódico de la noche y alzó la cabeza.

— ¿Adónde va con la cena, Betty?

—Es para la señora, como todas las noches, señor.

Tony se quitó las gafas que utilizaba para corregir una ligera presbicia y dejó el periódico a un lado.

—Permítame, yo se la llevaré.

—Como quiera el señor.

La doncella se retiró, pensando en su fuero interno que si ella fuese la señora no dejaría al señor ni a sol ni a sombra. ¡Era tan guapo!, suspiró melancólicamente. «Lo que pasa es que algunas lo han tenido todo desde que nacieron y ahora se aburren hasta del amor. Merecerían morir o, al menos, que las enviaran a una isla desierta, sí, señor.»

Tony se detuvo a los pocos pasos y, sin que nadie le viera, sacó de su bolsillo un tubo de somnífero, del que extrajo tres o cuatro tabletas, que arrojó a continuación en el juego de naranja que componía parte de la cena de su esposa. Removió bien el líquido y luego continuó su camino.

Al llegar a la puerta de la estancia donde estaba su esposa, llamó con los nudillos.

—¿Quién es? — preguntó Bella.

—Cariño, tu esposo. Te traigo la cena.

—Un momento, por favor.

La puerta se abrió a poco. Bella le dirigió una atractiva sonrisa.

—Querido, leyendo se me pasa el tiempo de tal modo, que ni siquiera me daba cuenta de que era hora ya de cenar. Me dispensas, ¿verdad?

—Claro, no faltaría más — sonrió Tony, empujando el carrito hasta traspasar el umbral. Luego se retiró, agitando la mano en

señal de saludo —. Que pases buena noche, amor mío — deseó.

—Gracias, querido. Lo mismo digo.

Tony la besó en la mejilla. Después, regresó al salón.

Cuando se hubo quedado sola, Bella cerró la puerta con doble vuelta de llave. Contempló el contenido de la bandeja con asco. ¡Bah, comida! Ella no necesitaba una cosa semejante, tan baja y vulgar... Sólo los animales necesitaban comer. Y su marido, aun en forma humana y con inteligencia, no dejaba de ser un animal.

Frunció el ceño de pronto. En los últimos días, Tony se estaba portando inusitadamente afectuoso. ¿Qué ocurría? ¿Acaso sospechaba algo?

De pronto, sonrió. Frente a ella había un espejo de gran tamaño. Se pasó las manos por el esbeltísimo cuerpo, orgullosa de su hermosura física, que ya no se ajaría en cientos de años. No, Tony no sospechaba nada; lo que sucedía era que estaba haciendo lo imposible por recobrar su amor.

Sacó la lengua, como si la imagen que devolvía el espejo fuese la de su marido.

—¡Uhhhh...! —hizo con la boca y la lengua a la vez, en un claro signo de burla.

Después tomó los platos y los vasos y, en sucesivos viajes, arrojó todos los manjares y líquidos por el sumidero. El jugo de naranja narcotizado también fue a parar a la cloaca.

Ignorante de lo que hacía su esposa, Tony de Valera continuó leyendo el periódico. De pronto, una noticia saltó ante sus ojos.

¡MISTERIOSA EXPLOSIÓN!
¡CUATRO PERSONAS MUERTAS!

«Ayer, una tremenda explosión, cuyas causas se ignoran todavía, seguida de un violentísimo incendio, destruyó la clínica laboratorio del profesor Skawikof, uno de los más grandes expertos que existían en el mundo en biocibernética. En la explosión e incendio subsiguiente, murieron, además del profesor Skawikof y su ayudante, el doctor Zurmini, tíos de sus pacientes, cuyos nombres...»

Tony se reclinó en el diván, sumamente pensativo, al terminar la lectura de la noticia. Se quitó las gafas y se cogió el puente de la

nariz con dos dedos, en actitud pensativa. ¿En dónde había oído él antes el nombre de Skawikof y de su especialidad científica?

Pasaron unos momentos meditando profundamente. De pronto, algo parecido a un relámpago brilló en su cerebro.

Poniéndose en pie, empezó a recorrer las estanterías repletas de libros. Aquella serie de volúmenes procedía de la primera remesa encargada por Bella. Recordaba muy bien los cuatro primeros cajones de libros que había visto a las pocas horas del regreso de su mujer.

Tardó en dar con el libro, porque no había catálogo ni forma alguna de orientarse, excepto la de buscarlo con paciencia, leyendo título por título. Pero al fin lo encontró.

Sí, era uno de los primeros libros que había leído Bella a su regreso de aquel extraño retiro. Pero ¿por qué?

Estaba terriblemente confuso. No sabía a qué carta atenerse.

Se sentó a leer el «Tratado de Biocibernética». A las pocas páginas se aburrió tanto—era un tema espantosamente árido y, además, casi absolutamente incomprensible para él—, que se quedó dormido en el sillón.

Despertó bastante después. Sobresaltado, consultó su reloj.

Eran las doce de la noche. Bella, presumió, debía dormir profundamente. El narcótico debía haberle proporcionado un sueño de duración no inferior a doce horas.

Se puso en pie. Las dos doncellas y la cocinera dormían ya. Él era el único que velaba en la casa.

Llegó ante la puerta de la habitación de Bella. No se oía el menor ruido.

Tocó con los nudillos para comprobar si el narcótico había surtido sus efectos. La voz de Bella sonó al instante, dejándole enormemente asombrado.

—¿Quién es?

El joven se esforzó por rehacerse.

—Soy yo, cariño. Iba a acostarme y pensé que podrías necesitar algo.

Bella apareció segundos después en el umbral de la puerta, sonriéndole encantadoramente.

—Anda, ve a dormir — dijo en tono afectuoso—. Yo no tardaré mucho en acostarme. Estoy algo fatigada de tanto leer.

—Si sigues leyendo de esa manera, acabarás por perder la vista. ¿Por qué no te tomas una temporada de descanso? Conmigo, naturalmente. Un lugar al sol, una playa de arena dorada, el cielo azul y las olas...

—Es un panorama encantador, querido — respondió ella—. Tal vez lo llevemos a cabo dentro de poco tiempo. Buenas noches, amor mío.

—Buenas noches, querida.

¿Por qué estaba siempre tan fría la mejilla de su esposa?

Ésta, sin embargo, no era su principal preocupación en aquellos momentos, mientras se desvestía para acostarse.

Había mirado por encima del hombro de Bella y había podido ver la mesita del servicio. Los platos y vasos estaban completamente vacíos, signo indudable de que había consumido la cena.

Pero ¿por qué no le había causado ningún efecto el soporífero?

¿Había sospechado que trataba de narcotizarla y había arrojado el jugo de naranja por el sumidero?

Tardó mucho en dormirse. Los nuevos problemas que le había planteado la actitud incongruente de Bella, desde su regreso, le mantenían en un insomnio que sólo después de varias horas pudo vencer.

CAPÍTULO IX

A petición de Tony, Fay acudió a la cita que le había propuesto en un local discreto, situado no lejos del edificio donde él tenía sus oficinas.

El camarero les sirvió sendos martinis. Cuando hubieron tomado los primeros sorbos, Fay preguntó:

—¿Ha conseguido averiguar algo más, señor de Valera?

—Creo que si —respondió el joven—, pero desearía informarme de algo. ¿Cómo van las aficiones intelectuales de su esposo?

—Se acentúan de día en día — respondió Fay—. Apenas llega, se encierra en su habitación y se pone a. leer. Yo le llevo la cena, se la dejo en una mesa y me retiro. Él no quiere ni oír hablar de comer delante de otras personas, ni aun tratándose de mí misma.

—Con mi esposa sucede algo parecido — declaró Tony, sumamente preocupado—. Pero todavía hay más.

Le explicó lo que había hecho la víspera.

—A mí no se me había ocurrido —dijo Fay—. Pero probaré esta noche.

—Hoy —añadió— han enviado otro cajón de libros. No me explico cómo tiene capacidad para leer tanto. Es que, literalmente, los devora. ¿Por qué hace esas cosas? —exclamó la joven, llena de angustia.

—Francamente, no tengo la menor idea, aunque no pienso detenerme hasta averiguarlo del todo. Ahora bien, lo importante es actuar con toda normalidad, no dejar que ellos sospechen nada en absoluto. De lo contrario, nuestros esfuerzos resultarían estériles.

—Desde luego.

—Una pregunta — dijo él de pronto.

—¿Sí? — murmuró Fay.

—Su esposo, ¿ha mencionado en alguna ocasión al profesor Skawikof?

Fay se concentró en sí misma durante algunos instantes.

—He leído algo relativo a ese científico — dijo.

—Murió anteayer en una explosión que destruyó luego su laboratorio — declaró Tony—. En el accidente perecieron su ayudante y dos personas más, ambos pacientes. Los dos eran jóvenes y bien parecidos, más o menos, como su marido y mi esposa. Y dueños de una regular fortuna, según lo que he podido deducir de la lectura de los periódicos.

—Sí, pero, ¿qué tiene eso que ver con lo que nos ocurre a nosotros? — exclamó Fay.

—No lo sé. —Tony terminó el contenido de su copa—. Pero sí recuerdo una cosa perfectamente. Al día siguiente de la vuelta de mi esposa, la encontré leyendo una obra del citado Skawikof. Era un genio en biocibernética.

—¿Qué es eso? — preguntó la muchacha, llena de extrañeza.

—La verdad, no entiendo mucho, pero me parece que debe ser algo que relaciona la biología con la cibernética..., en lenguaje más comprensible, la robótica. Claro que —se encogió de hombros—, tampoco eso puede servirnos de mucho. Tanto su esposo como Bella, mi mujer, devoran toda suerte de literatura, lo mismo científica, que histórica que... No hay género que se les resista. Pero a mí me parece que acaso Skawikof tenga algo que ver con lo que

les pasa. De momento, lo más importante es que pruebe usted a narcotizar a su esposo. Llámeme mañana al despacho para informarme del resultado obtenido.

—De acuerdo — prometió Fay.

A la mañana siguiente, sonó el visófono en el despacho de Tony de Valera a una hora relativamente temprana. Por la expresión del rostro de la joven, Tony vio al instante que ella había fracasado también.

—Puse cuatro tabletas de somnífero — dijo Fay—. A las doce de la noche, llamé a la puerta de su cuarto y seguía despierto.

—¿Abrió él?

—Sí.

—¿Pudo ver la bandeja de la cena?

—Sí. Los platos y los vasos estaban vacíos.

—¿También el que contenía el narcótico?

—También. Oh — gimió ella —, ¿qué haremos?

Tony reflexionó unos momentos.

—No nos queda otro remedio que buscar la solución por un lado distinto, Fay —dijo, empleando el nombre de la muchacha por primera vez—. Pero, sobre todo, tener paciencia y saber aguardar. Cualquier gesto precipitado, cualquier acción impaciente, podría echar a rodar todos nuestros esfuerzos. Sea discreta y prudente, por lo que más quiera. Si se le ocurre algo interesante, llámeme. En caso contrario, sería yo quien la llamase a usted.

—De acuerdo — contestó ella—. Hasta la vista, Tony.

—Adiós, Fay.

El joven trató de concentrarse en su trabajo, a fin de olvidar, siquiera fuera por unos momentos, aquel acuciante problema, cuya solución no acababa de hallar porque, sobre todo, podía decir que casi desconocía el planteamiento del mismo. Sin embargo, presentía que tarde o temprano acabaría por desvelar el misterio que tanto les preocupaba a él y a Fay Francis.

El timbre del visófono sonó a poco. Era Bella.

—Querido — le dijo su esposa —, voy a estar ausente un par de días. No te importará, ¿verdad?

—Por supuesto — sonrió él —. ¿Adónde vas?

Ella hizo un mohín encantador.

—Ah, eso ya es demasiada curiosidad — respondió—. Señor

marido celoso, ¿es que no confía usted en una mujercita que tanto le quiere?

—Oh, claro que sí. Anda y diviértete todo lo que puedas. ¿Necesitas dinero? — ofreció galantemente.

—Ya sabes que no, amor. Hasta la vista.

—Adiós, querida.

Tony decidió aprovechar la ocasión. A la noche, penetró en la *suite* de habitaciones que tenía apartadas Bella y lo registró todo meticulosamente, pero sin el menor resultado. Lo único que encontró fueron libros, libros en una cantidad fabulosa, en tan gran número, que hubo de preguntarse, maravillado, cómo era posible que el pavimento pudiera resistir aquel peso de varias toneladas.

Cuando terminó, se metió en la cama, sintiéndose más infeliz y desdichado que nunca. Tardó bastante en conciliar el sueño y se dio cuenta de que la incomprensible conducta de Bella estaba consiguiendo una cosa: que fuera perdiendo el cariño que hasta entonces le había guardado.

—A menos que rectifique pronto...—murmuró.

Pero, en su fuero interno, sabía que sólo eran deseos, que Bella estaba perdida para siempre.

* * *

Había catorce personas en aquella sala, ocho varones y seis mujeres. Dos o tres eran hombres de edad madura, sin llegar a la ancianidad, ni mucho menos. La mayoría eran jóvenes, pero no adolescentes. El de menor edad tenía veinticinco años, como Bella de Valera.

Bella se puso en pie.

— Damas y caballeros — dijo, paseando la vista por el círculo de rostros que la contemplaban interesadamente—, el señor Francis y yo nos hemos permitido convocar esta reunión para exponerles algunos de nuestros puntos de vista y, al mismo tiempo, conocer los de ustedes.

»Todos cuantos estamos aquí, hemos recibido el tratamiento del profesor Skawikof. Viviremos cuatrocientos años, prescindiendo de las debilidades del cuerpo, que tiene un período de caducidad difícil de alargar más allá de los ciento veinte o ciento treinta años. Es

cierto que también el poseer una envoltura carnal proporciona algunas satisfacciones, pero, sin embargo, ninguna de ellas puede ser comparable a la formidable evolución de nuestro intelecto, que compensa sobradamente de cualesquiera otras facultades que hayamos podido perder.

»Estoy segura — continuó hablando — que todos ustedes habrán leído en los periódicos la noticia de la muerte del profesor Skawikof, el hombre que, con plena justicia, puede ser calificado como benefactor de todos nosotros. Era un científico maravilloso y dudo que pueda existir otro... por ahora. Su muerte ha sido una lástima y un bien; una lástima, porque difícilmente podremos olvidarle, y un bien, porque, de este modo, no podrá aplicar su tratamiento a ninguna otra persona más. En suma, una muerte necesaria.

Hubo un momento de silencio, después del breve exordio de Bella de Valera. Al fin, la comprensión fue adueñándose de la mente de los circunstantes.

Myra Edwards, una hermosa joven de veintisiete años, se puso en pie.

—Señora de Valera, ¿trata de decirnos que la muerte del profesor Skawikof fue intencionada?

—Exactamente — contestó Bella sin pestañear.

—¿Por qué? — quiso saber John McClay, un apuesto joven de unos treinta y dos años.

—Ustedes no han recapacitado todavía sobre las fenomenales posibilidades que nos confiere nuestro estado actual — respondió Bella—. Sin embargo, estoy segura de que todos se han dado cuenta de la facilidad que tienen ahora para asimilar cualquier conocimiento, con grandísima rapidez y sin que lo hayan aprendido una vez, lo olviden jamás.

Varias voces contestaron, asintiendo unánimemente. Satisfecha, Bella prosiguió:

—El tratamiento que nos han conferido prolongará nuestra existencia tres veces más de la media actual. Sobreviviremos, no sólo a nuestros contemporáneos, sino a los que nazcan hoy y a los que nazcan dentro de un siglo.

Herbert Mathaussen, un hombre de cuarenta y cuatro años, serio y grave, se levantó.

—¿Y qué sucedería si, mientras tanto, el tratamiento del profesor Skawikof presentase algún fallo? — preguntó.

Bella le dirigió una sonrisa encantadora.

—Mi querido señor Mathaussen, estoy plenamente segura de que, antes de un año, todos cuantos estamos aquí sabremos ya, por lo menos, tanto como el merecidamente difunto profesor Skawikof. Imagínese ahora, si es que tiene capacidad para ello, la suma de conocimientos que habrá adquirido dentro de cincuenta años. Skawikof nos garantizó que viviríamos trescientos o cuatrocientos. En medio siglo más, ¿están seguros que no habremos hallado el medio para prolongar ese período de duración de nuestra existencia en, por lo menos, el doble o el triple?

Bella dejó que sus palabras penetrasen en las mentes de su auditorio. Sin dejar de sonreír, continuó segundos más tarde:

—A cada día, nuestros conocimientos aumentarán más y más. Llegará momento en que el profesor Skawikof nos parezca un campesino ignorante, en comparación con nosotros. Las mentes más preclaras nos parecerán la inteligencia de un insecto. Continúen proyectando su imaginación hacia el futuro. ¿Se imaginan cuál es?

Un hondo silencio se expandió por la sala. Bella miró a Lyck Francis, sumamente satisfecha. Francis le devolvió la mirada con una gran sonrisa.

—A pesar de todo — dijo Myra Edwards al cabo casi de un minuto—, no acabo de entender la razón de la muerte de Skawikof.

—Alguien podría denunciarles a ustedes dos — sugirió Mathaussen—. ¿Se imagina entonces el tremendo perjuicio que nos causarían a todos?

Bella movió la cabeza desdeñosamente.

—¿Quién nos va a denunciar? — exclamó—. ¿Usted?— señaló a una oronda matrona que permanecía callada en un rincón de la estancia—. ¿Usted, señorita Edwards? ¿Usted, señor McClay? No existen pruebas de nuestra acción — agregó—. Lo quo, implícitamente, hemos confesado aquí, no es prueba alguna que pueda servir en ningún tribunal. Y, por otra parte, ninguno de los que están presentes se atreverá a repetir nada de lo que se ha hablado. Sería tanto como tirar piedras a su propio tejado.

—¿Por qué? Explíquese, señora de Valera — rogó la Edwards.

—Queremos conocer los motivos de la muerte de Skawikof —

pidió McClay.

—Son muy sencillos. A ninguno de nosotros nos conviene que haya más personas en nuestro club. Éste es un club de superseres, un club absolutamente exclusivo, en el cual sólo tendremos cabida los catorce que estamos aquí presentes. Skawikof hubiera creado, en diez años, ochenta o noventa superseres más. Incluso podría haber industrializado su tratamiento. ¿Quién de los que están aquí querría compartir su actual poderío, que apenas ha hecho otra cosa que manifestarse tímidamente? Skawikof hubiera llegado a crear doscientos, quinientos, mil superseres... La noticia se habría hecho pública; miles de hombres y mujeres habrían ambicionado recibir el tratamiento. Otros científicos hubieran llegado a aplicarlo... ¿De qué nos hubiera servido entonces ser los primeros? Somos catorce y no necesitamos ser más.

Hubo una pausa después de las palabras de la joven.

—Tiene razón — convino al fin Myra Edwards, con un brillo de ambición en su mirada—. El club está ya completo. Pero ¿qué podemos hacer para iniciar nuestro movimiento de conquista total? Porque, si no conquistamos el poder, ¿de qué nos sirve nuestro actual estado?

— Es preciso obrar con cautela — respondió Bella—. No tenemos ninguna prisa. Antes, es necesaria la adquisición de nuevos conocimientos. Debemos saber lo suficiente para manejar la bolsa y las finanzas a nuestro antojo, pero actuando en la sombra. Cuando tengamos en nuestras riendas el control del dinero, lo demás se nos dará por añadidura y, poco a poco, insensiblemente para los demás humanos, para esos miserables subseres que viven pendientes de las necesidades de su envoltura camal, que están sujetos a toda clase de debilidades y dolores, el poder total estará en nuestras manos, en catorce manos que estrujarán como un limón maduro.

CAPÍTULO X

De ninguna manera podía olvidar Tony de Valera el incidente del somnífero.

Varias noches más tarde, probó a repetir la misma acción. Sirvió la cena a Bella y, luego, le dijo que salía con unos amigos a ver una función de teatro.

— Hay cosas que todavía me gustan más al natural que no en la pantalla del televisor—dijo con amplia sonrisa.

Besó la siempre fría mejilla de Bella y se marchó.

El pretexto era auténtico. Fue con sus amigos al teatro. Lo hacía a fin de justificar su acción cuando fuese a comprobar si Bella había tomado o no el narcótico. Llamar a su puerta a la una de la madrugada, sin un motivo claro, hubiese podido despertar sospechas en su esposa.

Llegó tarde, casi a las dos. Si Bella había tomado el narcótico, debía de dormir doce horas de un tirón, por lo menos. Apenas penetró en el piso, se dirigió a la puerta del cuarto de su mujer.

Tocó con los nudillos y llamó:

—¿Bella?

—¿Eres tú, cariño? — respondió ella de inmediato.

—Sí. Acabo de regresar. No te habré despertado, supongo.

La puerta se abrió y Bella apareció envuelta en un fascinador salto de cama, sonriéndole con languidez..

—Iba a acostarme ahora, querido — dijo —. ¿Os habéis divertido mucho?

—Bastante. La función resultó muy divertida. — Por encima del hombro de Bella, divisó vado el vaso de leche en que esta vez había ido envuelto el narcótico. — Luego nos fuimos a tomar unas copas por ahí, ya sabes... Cosas de hombres — añadió con una sonrisa de circunstancias.

Bella bostezó.

—Sí, claro. Bien, amorcito, me voy a dormir Tengo un sueño espantoso. Hasta luego.

—Hasta luego, cariño.

Tony fue a la cama, pero no apagó la luz. Encendió un cigarrillo y fumó, mientras reflexionaba profundamente.

Dejó pasar un largo espacio de tiempo, más de una hora. Se dijo que el somnífero debía de estar en plena acción. A juzgar por lo que

había visto. Bella acababa de tomar la leche cuando él regresó.

Saltó de la cama, se puso las zapatillas y la bata y salió de su dormitorio. Caminó sin hacer ruido hasta el de su esposa y aplicó el oído a la cerradura. El silencia era absoluto.

Asió el pomo y lo hizo girar. La puerta se abrió lentamente.

Creyó que algo le golpeaba fuertemente en el pecho cuando vio que la luz estaba encendida y que Bella se hallaba sentada en un sillón, con un libro sobre las rodillas.

La joven se puso en pie, vivamente enojada e indignada.

—¡Tony! — exclamó —. ¿Qué haces aquí?

La mente de Tony de Valera funcionó con gran rapidez. No podía decirle a ella cuáles eran sus verdaderas intenciones, so pena de hacerle concebir sospechas, que hubiesen podido poner en riesgo evidente sus esfuerzos. De alguna forma ignorada, ella había eliminado los efectos del soporífero y ahora se mostraba fresca y pimpante, como si hubiese dormido efectivamente toda una noche de sueño tranquilo y reparador.

Había una solución. La única.

Extendió los brazos y avanzó hacia ella.

—Mi vida — murmuró —. No podía vivir pensando en ti. Es demasiado tiempo el que llevamos separados...— extendió los brazos hacia la joven—. Por favor, amor mío...

Bella retrocedió vivamente.

—¡No me toques! — exclamó con voz crispada —. ¡Quédate donde estás y no te muevas!

—Pero, cariño, soy tu esposo — dijo Tony, fingiendo suplicar.

—Lo sé — respondió ella, con los labios prietos—. Sin embargo, parece que hayas olvidado lo que te dije el mismo día de mi llegada.

—Diste a entender que tal vez un día...—insinuó él.

—No lo aseguré, en todo caso, Tony. Pero ha pasado ya el tiempo suficiente para que me haya elevado por encima de tales debilidades corporales. Aunque tengo cuerpo, soy prácticamente un espíritu — dijo, en tono declamatorio, con el fin de acentuar su postura—. Detesto todas esas manifestaciones que manchan mi nitidez. Te quiero, sí, pero de una forma que no sabrías explicarte nunca. Aquel retiro ha significado para mí un cambio trascendental en mi existencia.

«Estás loca, loca de remate», fue a decir Tony, pero consiguió dominarse lo suficiente para emitir una irónica sonrisa.

—Muy bien — dijo—. Hablas de tu cuerpo como si fuera algo vergonzoso, pero, vamos, la cena de hoy hubiera alimentado a, un campeón de levantamiento de pesos. Y tú te la has despachado... Juraría que incluso rebañaste el plato con un suculento pedazo de pan.

Los ojos de la joven fulguraron.

—Ese es el precio que tengo que pagar por vivir — respondió en tono ofendido—. Para que mi alma siga viviendo, tengo que mantener al cuerpo. Pero si de mí dependiera, buscaría el medio de vivir sin comer.

—Eso sólo lo hacen los faquires hindúes — rió Tony —. Y, delante de la gente, porque en cuanto se quedan solos, hay que ver los filetes de vaca que se atizan.

—¡Grosero!—le apostrofó ella—. Haz el favor de salir inmediatamente y dejar que continúe leyendo.

Tony hizo un gesto conciliatorio con las manos.

—Está bien, está bien, no hay motivos para enfadarse tanto — contestó—. De todas formas, cuando llegué de la calle, me pareció que te ibas a dormir. Bostezabas que era un gusto, querida.

—Se me pasó el sueño con un nuevo libro que encontré. Sal, Tony.

El joven abandonó el dormitorio. Regresó a su habitación y se tendió en el lecho. ¿Podía afirmar que ella se había tomado la leche narcotizada?

Fay Francis le llamó a la mañana siguiente.

—¿Podría hablar con usted, Tony?

—Claro. Nos veremos a la hora del *lunch,* en el mismo sitio de otras veces. ¿Le parece bien?

—Encantada.

—¿Ocurre algo?

—Se lo diré más tarde. Hasta luego.

La muchacha parecía bastante preocupada, observó él. Y el mismo gesto de preocupación continuaba estampado en su lindo rostro, cuando la saludó personalmente tres horas después.

Tras los primeros sorbos de martini, Fay dijo:

—El narcótico no le hace ningún efecto a mi esposo, Tony.

El joven sonrió tristemente.

—Estamos en el mismo caso, Fay. Anoche probé a darle a mi esposa ración de soporíferos y se quedó tan campante. ¿Acaso hizo usted una cosa parecida?

—Sí. Sé que Lyck tomó el plato de sopa entero... Los soporíferos estaban disueltos en la sopa. Pero, a las once, cuando llamé a su habitación, continuaba despierto. — Fay se retorció las manos nerviosamente.— ¡Oh, Dios mío!—se lamentó—. ¿Qué cosa tan horrible les ha sucedido? ¿Qué hicieron durante aquellos tres meses que estuvieron en retiro?

Una sospecha acudió de pronto a la mente del joven. Se acarició la mandíbula con gesto pensativo y dijo:

—Quizá tenga algo que ver con los trabajos del profesor Skawikof.

Fay se espantó.

—¿Cómo? ¿Sugiere usted que... que el profesor Skawikof les hizo objeto de algún tratamiento especial que...? En todo caso, ¿para qué? ¿En qué consiste ese tratamiento?

Tony lanzó un profunde suspiro.

—No lo sé. únicamente puedo decirle que, según los escasos informes que poseo, Skawikof era un biocibernético, pero no entiendo mucho de estas cosas, Fay. Si conociese a algún científico que, a su vez, hubiera conocido a Skawikof, tal vez pudiéramos saber con exactitud la clase de trabajos a que se dedicaba. Por otra parte, quizá nos estamos precipitando y lo que les pasa a ellos no tiene nada que ver con la especialidad científica del difunto Skawikof.

—Bien, es probable que así sea —contestó Fay—. Pero, en todo caso, es una posibilidad que no debemos desdeñar. Y yo sé quién puede darnos una ligera información de lo que hacía Skawikof. Es el doctor Borwissian, que era gran amigo de mi padre.

Tony movió la cabeza dubitativamente.

—Bien, podemos ir a verlo — sugirió —. ¿Cuándo?

—Ahora mismo — contestó la muchacha—. No quiero perder ni un minuto más. Tal vez seguimos un camino equivocado, pero, cuando se desconoce el punto de destino, los errores suelen ser frecuentes, hasta dar con el rumbo exacto.

Tony depositó una moneda sobre la mesa y sonrió.

—Admiro su fe — dijo—. Si, hablar con el doctor Borwissian no nos va a causar ningún daño irreparable.

—En todo caso, es posible que obtengamos algún beneficio — afirmó Fay rotundamente.

* * *

El doctor Borwissian era un anciano de cabellos blancos y aspecto venerable, que contempló a la pareja con simpatía.

—Hacía siglos que no te veía, muchacha — habló, dirigiéndose a Fay —. Supe que te habías casado, pero ni siquiera se te ocurrió enviarme una participación de tu boda.

—La verdad es que fue una cosa rápida — confesó Fay, sonrojándose profundamente—. Asistieron solamente los padrinos y…

—Bueno, bueno, es lo mismo — dijo el doctor Borwissian en tono benevolente. Guiñó un ojo con aire pícaro—. Si quieres que te diga la verdad, yo hice algo parecido cuando tenía veintitrés años. Y no tuve jamás ocasión de arrepentirme, créeme. —frunció el ceño.

— Así que han venido para que les hable de aquel loco de Skawikof.

—Si no tiene inconveniente, doctor — rogó Tony.

—No. Ninguno. Skawikof estuvo siempre un poco chiflado con sus estudios de biocibernética. Una vez, construyó un perro mecánico, que tenía la apariencia entera de un can de verdad. Era un perro artificial, como ya he dicho, con la salvedad de que algunos de los órganos eran auténticos, sobre todo el cerebro. El animal vivió apenas una semana… Es decir, su cerebro. Después, visto su fracaso, se marchó del laboratorio que yo dirigía y ya no le he vuelto a ver. Un experimento interesante, aunque poco o nada práctico, a mi modo de ver — concluyó el doctor Borwissian.

Tony y Fay se miraron en silencio. Una horrible sospecha — la misma sospecha— acababa de surgir simultáneamente en ambos. Pero ninguno de los dos se sintió con las fuerzas suficientes para expresarla en alta voz.

CAPÍTULO XI

DURANTE unos días, Tony permaneció en la más completa indecisión. La hipótesis que se les había ocurrido a Fay y a él al mismo tiempo, les parecía demasiado horrible para ser real. No, Skawikof no podía haber realizado semejantes experimentos con seres humanos y, además, ellos carecían de pruebas de que Lyck Francis y su esposa hubiesen estado internados en la clínica del científico fallecido.

Una vez, Tony recordó cierta conversación que habían sostenido Bella y él meses antes, relativa a un anuncio que prometía felicidad y vida eternas.

Se preguntó también si aquel anuncio tenía alguna relación con los sucesos de que, en parte era protagonista, pero no tardó en dejar de lado semejante posibilidad.

Las cosas se precipitaron de pronto, por pura casualidad. Una audaz jugada de bolsa provocó una baja importante en determinados valores, de los que la empresa de Tony poseía una gran cantidad. Cuando los valores habían llegado al punto más bajo de su cotización, alguien hizo una compra global, en masa, con lo que de nuevo volvieron a subir, rebasando incluso el límite de su cotización anterior a la baja. El comprador, según el punto de vista de Tony, hizo un negocio que le reportó varios millones.

Pero no fue esto lo que le extrañó, sino la habilidad de la jugada, que había demostrado una clarividencia poco común, como si el autor de la misma hubiese tenido el poder de leer en el futuro o poco menos. Una discreta investigación, practicada a instancias suyas en una reunión del consejo directivo de la empresa, dio por resultado señalar a Lyck Francis como el autor de la habilísima jugada de bolsa.

En los días sucesivos se produjeron distintas situaciones análogas. La bolsa empezó a acusar los efectos de tales maniobras y los periódicos financieros empezaron a ocuparse del asunto seriamente.

Tres semanas después de la última entrevista con Fay, Tony regresó a su casa, bastante preocupado, porque la bolsa sufría unas oscilaciones que no parecían lógicas. En especial, si su empresa era una de las más afectadas y, aunque poseía una fortuna propia, invertida en valores sólidos, a los cuales las oscilaciones bursátiles no podían afectar de ninguna de las maneras, a fin de cuentas tenía

una responsabilidad y no podía eludirla.

Al entrar en casa, oyó al fondo unos sonoros martillazos.

— ¿Qué ha sucedido? ¿Quién está martilleando por ahí? —preguntó a la doncella que acudió a recibirle.

—El fontanero, señor. La señora lo avisó. Parece que hay una tubería en su cuarto de baño que no funciona debidamente.

—¿Está la señora en casa?

—No, señor. Dijo que estaría ausente toda la tarde.

—Muchas gracias, Betty.

Intrigado por lo que sucedía, Tony se dirigió a la *suite* de su esposa y, después de atravesar el dormitorio, se asomó al cuarto de baño. El fontanero no se dio cuenta de su presencia.

—Hola—saludó el joven a gritos, para hacerse oír por encima del estruendo de los martillazos.

El fontanero se volvió.

—Hola — gruñó. No parecía de buen humor.

—¿Qué sucede aquí? — preguntó el joven—, ¿Algo funciona mal?

—¿Que si funciona mal? — barbotó el fontanero, poniéndose en pie—. Oiga, ¿es que no tienen triturador de basuras en el fregadero de esta casa? ¿Por qué diablos han de arrojar la comida por el sumidero? ¡Así se comprende que esté atascado hasta aquí, maldita sea!—El hombre se señaló la frente con los dedos, en un ademán harto gráfico.

Tony se quedó como si le hubiesen pegado un puñetazo en pleno pecho.

—¿Dice usted que... el sumidero estaba atascado de comida?

—Así es, señor. Y le aseguro que le voy a presentar una factura que le va a encender el pelo. ¡Esto es una indignidad, créame!

Tony trató de calmar las iras del fontanero y sacó dos billetes de a cincuenta.

—Tome usted, amigo —dijo—, y no se preocupe por su labor. Hágalo lo mejor que pueda y disculpe a mi esposa. Las mujeres, a veces, tienen cosas raras, sobre todo cuando... —le guiñó un ojo picarescamente—. Bueno, usted ya sabe lo que ocurre en determinadas ocasiones, después de haber llamado a la cigüeña.

El fontanero sonrió ablandado por los cien dólares y las explicaciones del joven.

—Está bien, muchas gracias. Y dispense si le he ofendido, pero, es que a veces...

—No se preocupe, amigo — sonrió Tony —. A propósito, ¿quién le avisó a usted?

—El administrador de la casa. Dijo que la señora le había comunicado una avería en su cuarto de baño y acudí a repararla.

—¿Habló con mi esposa?

—Sí, señor; fue ella misma quien me dijo en qué consistía la avería. Luego me precisó que debía pasar factura a la administración de la casa.

—¿Ha hablado usted con alguien más? Quiero decir, alguna de las doncellas.

—No, señor. He estado aquí solo hasta que vino usted.

Tony sacó dos billetes más y se los entregó.

—No diga a nadie lo que ha ocurrido, ni siquiera que ha hablado conmigo. Si otros le preguntan por la avería, responda que se trataba de un grifo flojo o algo por el estilo. ¿De acuerdo?

—Conforme — contestó el fontanero, embolsándose los otros dos billetes. «Si todos los clientes fuesen rumbosos...», pensó.

Tony se retiró al salón en un estado de ánimo indescriptible. Ahora comprendía por qué Bella no había acusado los efectos del soporífero. Ni Lyck Francis.

Ambos habían arrojado la comida por el sumidero. Siempre, todas las noches, día tras día, desde que regresaron de su misterioso retiro, no habían tomado ninguna clase de alimento.

Pensó nuevamente en las palabras del doctor Borwissian. Se preguntó qué podría hacer un ser humano en semejantes condiciones. Aparte de vivir muchos años, ¿no se le desarrollarían las facultades intelectuales de un modo fabuloso?

Las jugadas de bolsa parecían ser una prueba de ello. Según tenía entendido, Lyck Francis no había sido nunca un hombre de negocios excepcionalmente dotado; más bien, se había limitado a regir una empresa ya en marcha. Pero sus jugadas bursátiles denotaban una habilidad increíble, basada, sobre todo, en una predicción casi exacta y absoluta de las fluctuaciones del mercado de valores.

Se cogió la cabeza con ambas manos. ¿Qué podía ocurrir si unos seres como aquellos sentían ambición de poder y de dominio? Una

vida prácticamente inacabable, un continuo aumento de su ya fabulosa inteligencia... No había más que recordar a Bella y sus continuas adquisiciones de libros. A estas alturas, se dijo, sus conocimientos de todo orden debían de ser realmente gigantescos, indescriptibles.

De repente se sintió abrumado y desdichado. ¿Qué podía hacer él para resolver una situación que no parecía tener remedio?

Estaba en un callejón sin salida, fue la conclusión a que llegó al cabo de unos minutos de agobiantes pensamientos.

* * *

La alegre pareja se despidió de sus amistades.

Ralph Mankle y su joven esposa montaron en el coche, sumamente satisfechos de la agradable velada que habían pasado en casa de los Richardson, para celebrar el primer aniversario de matrimonio de éstos.

—Sí, ha sido una fiesta encantadora — convino Ralph, mientras ponía el auto en marcha y lo hacía salir a la autopista. Se sentía alegre en extremo; las cuatro copas que había tomado de más le habían proporcionado una euforia, como pocas veces había sentido.

—Conduce con cuidado — le aconsejó Nellie, su esposa —. El champaña entraba sin sentirse.

—No me lo digas — rió Mankle, pisando el acelerador a fondo —. Tenemos que devolver la invitación a los Richardson, Nellie, así que ya puedes ir pensando en la fecha que más conveniente resulte para devolver la fiesta.

—Lo pensaré, pero sólo si aflojas un poco la marcha. Vamos a ciento veinte ya — exclamó Nellie, alarmada.

—No te preocupes. El coche es seguro y yo soy un buen conductor. Cuatro copas de champaña no han perjudicado jamás a nadie.

Nellie no compartía el optimismo de su esposo. En medio de la noche, el auto se deslizaba como una centella por la bien cuidada autopista. La joven empezó a pensar en si no habría sido mejor que contratasen un chófer para aquella ocasión. Ralph alardeaba de seguridad, pero, en cuanto tomaba una copa — y aquella noche habían sido cuatro —, se volvía un hombre temerario al volante.

Ralph Mankle acometió la próxima curva a ciento cincuenta a la hora. De repente, los faros iluminaron una silueta humana que pretendía cruzar la autopista.

Nellie emitió un agudísimo chillido de espanto. Mankle soltó una maldición, a la vez que levantaba el pie del acelerador y clavaba el freno a fondo.

Las gomas gimieron horriblemente. El auto osciló de modo espantoso a un lado y a otro. Pero el atropello resultó inevitable.

El hombre fue lanzado entre el estridor de los neumáticos y el ruido del choque. Proyectado con irresistible ímpetu, saltó fuera de la autopista y fue a chocar contra un árbol cercano con horrendo crujido.

Al fin, el coche se detuvo. Nellie, blanca como la nieve, miró horrorizada a su esposo.

— Ralph, ¿qué has hecho? — gimió en tono acusador.

Las manos del joven se crisparon sobre el volante. Respiró profundamente.

La víctima debía de estar muerta. Aunque había reducido considerablemente la velocidad, el encuentro debía de haberse producido a unos cien kilómetros a la hora. Las posibilidades de supervivencia, sobre todo, después de haber visto al desdichado volar literalmente por los aires, eran nulas.

Mankle no tardó en llegar a una decisión. La leve ebriedad se le había disipado instantáneamente.

—Nunca me ha gustado rehuir mis responsabilidades— dijo valientemente—. Cualquier pena que me impongan, sabré afrontarla.

Conectó la marcha atrás y retrocedió hasta el lugar del atropello. Al llegar allí, detuvo el auto y sacó de la guantera una linterna eléctrica.

Saltó afuera, seguido por Nellie, que temblaba como hoja seca. Corrieron hacia el lugar donde yacía el atropellado, retorcido sobre sí mismo en una postura grotesca más que horrible.

El haz de rayos de la lámpara alumbró el cuerpo caído sobre la hierba, al pie del árbol. Mankle enfocó la linterna sobre el rostro de la víctima.

Unos ojos les contemplaron con expresión de horror infinito. De súbito, Nellie se puso a chillar histéricamente.

—¡Ralph, los brazos! ¡Los brazos, los brazos! —repetía una y otra vez, al borde de la demencia.

Mankle creyó que también se volvía loco. No, no podía ser posible. Era un ser vivo, una persona con figura de hombre. Y sin embargo...

¡Aquellos horribles brazos!

CAPÍTULO XII

Sin tardanza acudió Tony de Valera a la llamada de Fay Francis.

— ¿Qué ocurre? — preguntó—. ¿Alguna novedad?—Aún no había tenido tiempo de participarle el incidente de la tarde anterior.

— No lo sé — respondió Fay—, He recibido una llamada del doctor Borwissian. Ha dicho que era muy urgente y que debía acudir con la mayor rapidez posible.

——Pero yo no he querido ir sin usted. Después de lo que nos está pasando, necesito que me acompañe.

—Ha hecho bien — aprobó Tony sobriamente—. Afuera tengo mi coche. Usted me guiará.

Dejó una moneda sobre la mesa y tomó el brazo de la joven, guiándola hasta el automóvil. Una vez en el interior del vehículo, la miró y preguntó:

—¿Adónde, Fay?

Los labios de la muchacha temblaban.

—A la *Morgue,* Tony.

Tony de Valera estaba llegando ya a un punto en que no se asombraba de nada. Sin pronunciar palabra, puso en marcha el automóvil y lo guió a la mayor velocidad compatible hasta el lugar indicado.

Llegaron cuarenta minutos más tarde. La *Morgue* se hallaba bastante lejos y allí la circulación era muy intensa.

En la explanada que había frente al depósito de cadáveres, divisaron varios automóviles policiales. Tony miró un instante a la muchacha y la vio terriblemente pálida.

Descendieron del vehículo. Un sargento de la policía salió a su encuentro.

—Es la señora Francis—dijo el joven—. Ha sido citada aquí por el doctor Borwissian. Yo soy Tony de Valera.

—Esperábamos a la señora — contestó el policía—. Tengan la bondad de seguirme.

Entraron en el edificio. En una antesala, divisaron a una pareja joven, un matrimonio según parecía, quienes daban la sensación de hallarse terriblemente abatidos. El sargento les guió a lo largo de un corredor, hasta detenerse ante una puerta, sobre la cual golpeó con los nudillos.

Un hombre abrió. Habló brevemente con el sargento y luego se echó a un lado.

—Pasen.

Fay y Tony cruzaron el umbral. Había allí varios hombres, todos con expresión grave y circunspecta, entre los cuales sobresalía el doctor Borwissian. En el centro, se veía una mesa sobre la cual había un cuerpo humano, enteramente cubierto con una sábana.

Borwissian salió al encuentro de la pareja y tomó las manos de Fay.

—Hola, querida—dijo, mirándola fijamente.

—¿Qué ocurre, doctor? — preguntó la muchacha, llena de angustia.

—Tienes que ser valerosa. Sufrirás un duro golpe, pero... eres joven todavía y tienes mucha vida por delante.

—¡Doctor, por lo que más quiera! ¡Explíqueme lo que ha ocurrido! — gritó Fay, mirando con ojos de loca el bulto cubierto por una sábana.

—Cálmate, por favor — recomendó Borwissian.

—¿Es... es...? — preguntó ella, pero no se atrevía a concluir la frase.

Borwissian la agarró por el brazo y la llevó hasta la mesa. Hizo una seña y uno de los hombres presentes alzó la sábana por la parte superior.

Fay lanzó un gemido y se cubrió los ojos con las manos.

—¡Lyck! ¡Es mi esposo!

Tony avanzó unos pasos y rodeó con sus brazos los hombros de la muchacha.

—¿Cómo ha ocurrido, doctor?—preguntó.

—Un atropello de automóvil. El conductor estaba ligeramente bebido, aunque no en exceso. Lyck Francis también tuvo su parte de culpa al atravesar la autopista por un lugar terminantemente

prohibido a los peatones. A trescientos metros más abajo, tenía un paso aéreo. Por no dar un pequeño rodeo… Pero eso no es todo. ¡Fay! —llamó.

La muchacha miró al científico.

—¿Sí, doctor?

—Todavía no te lo he dicho todo. El golpe ha sido duro para ti; sin embargo, aún vas a recibir uno mucho más fuerte. Lyck, tu esposo, está muerto, pero, en la realidad, hacía ya meses que había muerto. Ten valor, te lo suplico.

—Lo… lo procuraré—hipó Fay.

Borwissian se volvió hacia el hombre que estaba a la cabecera de la mesa de autopsias y le hizo una seña con la cabeza. El hombre terminó de quitar la sábana.

Fay abrió la boca. Quiso gritar, pero no le salían los sonidos. En cuanto a Tony, sintió que la cabeza le daba vueltas.

—¡Dios mío! — murmuró. De repente, sintió que las rodillas de Fay se doblaban y se apresuró a sostenerla antes de que se cayera al suelo.

—Una silla, por favor—pidió—. La señora Francis se ha desmayado.

Un agente trajo la silla y Tony colocó en ella, a la muchacha. Borwissian en persona se dedicó a atenderla.

Mientras tanto, Tony regresaba junto a la mesa, con ojos estupefactos, contempló aquel muñeco mecánico que yacía sobre el tablero de mármol.

Un hombre se le acercó.

—Soy el inspector Rayner—se presentó:

—Mucho gusto — contestó el joven.

Rayner arrojó una mirada al cuerpo yacente.

—Si fuese un cuerpo humano normal, en lugar de ser tensores y viguetas de duraluminio, veríamos los huesos destrozados y perforando la piel, a consecuencia del golpe recibido en el momento del atropello.

Tony movió la cabeza afirmativamente. Pero no tenía fuerzas para hablar.

Si, el cuerpo de Lyck Francis parecía enteramente el de un muñeco mecánico. La mayor parte de su envoltura epidérmica había sido echada a un lado, dejando al descubierto su interior

mecánico; un confuso revoltijo de lámparas, bobinas, carretes de toda índole y como uno de los elementos principales de aquel cuerpo artificial, el esqueleto metálico, construido con una habilidad y una pericia fabulosa.

Borwissian regresó junto a la mesa.

—Está recobrándose—dijo parcamente. Y luego añadió—: ¿Qué le parece, señor de Valera?

El joven estaba horrorizado, porque sabía quién tenía otro cuerpo idéntico al que estaba viendo en aquellos momentos.

—Espantoso — respondió.

Borwissian se inclinó hacia la mesa.

—Es indudable que Skawikof había llegado a un grado increíble de perfeccionamiento de su procedimiento— dijo—. Todo es mecánico, salvo el cerebro. Es lo único auténtico... Bueno, quedan los ojos y algunos órganos más del cráneo; los oídos y parte del sistema de fonación. Pero todas las partes mecánicas estaban influenciadas por el motor del cerebro. Vea este aparato — señaló uno con la mano—, es el que sirve, estimo, para la renovación de la sangre del cerebro y su funcionamiento activo.

—Entonces..., ¿no necesitaba alimentar el cerebro, por lo menos? — preguntó Tony.

—Me imagino que, de cuando en cuando, debía ingerir o inyectarse o hacer penetrar en este estómago cerebral alguna sustancia qua supliese a los alimentos normales y que, por medio de este corto sistema vascular, sirviera para mantener vivo el cerebro. No obstante, ignoro todavía la forma en que lo hacía y cuál era su composición, aunque espero conseguir averiguarla.

—Pero el resto era mecánico.

—Sí. Y la epidermis, artificial, aunque maravillosamente imitada. No podía distinguirse, a simple vista de una epidermis natural. Hay que reconocer, en medio de todo, que Skawikof era un loco, pero un científico genial.

Fay se puso en pie y se acercó a la mesa. Tony trató de retenerla, pero ella le rechazó coa un suave gesto.

—Ya me encuentro mejor — dijo con triste sonrisa. Meneó la cabeza—. En esto tenía que parar todo, Tony.

El joven asintió. Luego, viendo frente a él al inspector Rayner, le preguntó:

—¿De dónde venía Francis cuando resultó atropellado?

—Hemos estado practicando investigaciones y, según parece, anoche se celebró una reunión en una quinta de las inmediaciones. Sin embargo, no hemos conseguido hallar la menor pista que nos permita conocer la identidad y domicilio de los asistentes a dicha reunión.

—Yo conozco a uno, por lo menos—dijo Tony sombríamente—. Mi esposa.

La declaración del joven provocó un estuporoso silencio en la sala, durante algunos momentos.

—¿También su esposa? — preguntó Borwissian, vivamente sorprendido.

—Sí. Estoy absolutamente seguro de ello. Ella también se sometió al tratamiento del profesor Skawikof. — Inspiró fuertemente —. Estoy casado con un monstruo mecánico, animado por un cerebro humano. No me extrañaría que ella tuviese algo que ver con !a muerte de Skawikof.

—Recuerdo el suceso — dijo Rayner—. Pero, si fue su esposa, ¿por qué destruyó el laboratorio? Murieron el ayudante de Skawikof y dos personas más.

—Quizá no quería que Skawikof continuase creando seres como ella y Lyck Francis — contestó el joven—. Pero una cosa hay indudable y es que ese tratamiento desarrolló en mi esposa unas facultades intelectuales como no se pueden dar una idea siquiera. En los pocos meses que han pasado desde que salió de la clínica, estoy seguro de que ha alcanzado en conocimientos, si no superado ampliamente, a usted mismo, doctor Borwissian. Skawikof prometía una vida larga, feliz y exenta de todo dolor.

Señale con la mano los destrozados mecanismos del cuerpo de Francis.

—Ese es el precio que tuvieron que pagar por una vida larga, feliz y exenta de dolores — continuó —. Pero, al no estar sujetos a las limitaciones físicas a que nos vemos sometidos los demás mortales, su cerebro ha debido de desarrollarse prodigiosamente, y eso que no ha hecho más que empezar, como quien dice. ¿Se dan cuenta de lo que puede llegar a ser dentro de veinte años? Es un cerebro puro, un cerebro que sólo tiene que atender a unos mecanismos que funcionan casi automáticamente, que no tiene que

mantener a un cuerpo ni depender de él para pensar. ¿Hasta qué punto puede llegar a desarrollarse con el paso de los años?

Borwissian movió la cabeza afirmativamente.

—Es un panorama estremecedor — dijo —. En una persona normal, no tendría importancia, pero, con el tiempo, adquirirá un ansia de poder que la hará sumamente peligrosa. Y no veo cómo podemos evitarlo.

—Una sola persona, humana o mecánica—terció el inspector Rayner—, poco me preocupa a mí. Lo que si me preocupa, y mucho, es que haya más.

Y esta noche se había celebrado una reunión a la cual habían asistido varias personas. Doce o quince, acaso más.

—La señora de Valera puede informar de los nombres de los asistentes a la reunión — sugirió Fay.

Tony hizo un gesto negativo.

—No. Bastará que se le formule la pregunta, para que se niegue en redondo a contestar — manifestó—.

Y no veo la forma legal de obligarla a responder algo que no desea hacer público, porque, al menos, todavía no ha causado ningún daño.

—Olvida usted al profesor Skawikof — intervino Rayner—. Si su esposa lo mató para que no siguiera aplicando su tratamiento a más personas...

—¿Qué pruebas tenemos de ello? — exclamó Tony—. Lo sospechamos, pero no podemos afirmarlo con rotundidad y luego demostrarlo. Ella negará desde un principio, y ¿cómo la obliga usted a contestar?

—Entonces, ¿no llegaremos a saber quiénes asistieron esta noche a la reunión? Debemos conocer sus nombres; un día pueden llegar a ser terriblemente peligrosos.

—Si — convino el joven—. Terriblemente peligrosos, ésta es la verdad. No hay más que recordar .las jugadas de bolsa que realizó Francis en las últimas semanas. Movió la bolsa a su antojo y ganó un montón de millones.

—Y teniendo dinero — añadió Borwissian—, hubiese podido hacer prácticamente todo lo que se le hubiese antojado. En las condiciones en que vivía, puedo asegurar que su existencia se hubiese prolongado durante tres o cuatrocientos años. Dentro de

cien, habrían adquirido una suma de conocimientos tan fabulosa, que les habría permitido incluso aumentar la duración de su existencia hasta extremos que no nos podemos imaginar siquiera. Y una persona que viviera siglos y siglos, llegaría a adquirir una experiencia tal, que indefectiblemente acabaría siendo el dueño del planeta.

—Lo cual, teniendo en cuenta que en la reunión de anoche eran doce o más, no es una perspectiva que me llene de contento — dijo Rayner sombríamente.

—¡Esperen un momento! — exclamó Tony—. Creo que sé el modo de averiguar los nombres de todas las personas tratadas por Skawikof.

Media docena de pares de ojos se Ajaron en el joven con renovada atención.

—Vamos, pronto, explíquese usted — pidió el inspector Rayner.

—Mi esposa — dijo el joven — pagó a Skawikof un millón por el tratamiento. El señor Francis abonó una suma semejante. Ambos pagos se hicieron por medio de sendos cheques certificados por el *Transmundial.* Es lógico suponer que Skawikof tuviese cuenta en ese banco. Por lo tanto, nada más fácil que pedir información de todos los cheques percibidos por Skawikof y el nombre de los libradores, para conocer a las personas a quienes aplicó su tratamiento.

—Ha tenido usted una magnífica idea, señor de Valera — alabó el inspector Rayner —. Ahora mismo iré a solicitar un mandamiento judicial para que el *Transmundial* me permita investigar todo el movimiento bancario referente al profesor Skawikof. De este modo, conoceremos a los miembros de la reunión y…

Rayner se calló. Miró en tomo suyo.

—¿Qué haremos con ellos, doctor? — preguntó, súbitamente desconcertado.

Borwissian se acarició la mandíbula.

—No lo sé — respondió al cabo—. Supongo que el Consejo Terrestre de Ciencias tendrá que tomar una decisión al respecto. Yo aconsejaría estudiar detenidamente a todos los tratados por el difunto Skawikof e incluso, por medio de lobotomías, limitar sus fenomenales cualidades mentales. Esto, sin embargo, será cosa que se habrá de tratar con toda atención.

—En lo que se refiere a mi esposa — pidió Tony —, deseo que

no se le haga nada, sin antes haber hablado yo con ella.

—Le daré un par de agentes para que le acompañen— ofreció Rayner.

—No será necesario. — Tony sonrió—. Y no teman; me limitará a inutilizarla. No pienso causarle ningún daño irreparable.

Rayner sonrió.

—En todo caso, sería muy difícil mantener una acusación contra usted. Matar a un muñeco mecánico, no es delito de mayor cuantía. Y eso me recuerda que he de dejar en libertad provisional al autor del atropello. El señor Mankle está hecho trizas.

Tony se despidió de la muchacha.

—Iré a verla otro rato, Fay — dijo.

Ella le dirigió una mirada aprensiva.

—Tenga mucho cuidado, Tony — aconsejó.

—Claro — respondió él con triste sonrisa. Y se dirigió en busca de la salida, con paso firme y resuelto.

CAPÍTULO XIII

CASI como si ella hubiese recibido el golpetazo del vehículo, Bella de Valera «sintió» el choque.

Un segundo después, percibió en el interior de su cerebro una angustiosa llamada.

— ¡Bella! ¡Me han atropellado! ¡Me muero!

La voz mental de Lyck Francis expresaba un sufrimiento y un terror inenarrables.

¿De qué le había servido tanto esfuerzo, si ahora, por un estúpido accidente, iba a morir en pocos segundos?

- *¡Lyck! ¿Qué te ha ocurrido?* — «gritó», llena de angustia.
- Un automóvil me ha...

Las emisiones mentales de Lyck Francis se hicieron de pronto confusas e ininteligibles. Luego cesaron por completo.

Bella acababa de llegar a casa, después de la reunión celebrada aquella noche en la quinta que Lyck había adquirido en el campo. Por unos momentos, se sintió invadida por una terrible cólera contra el hombre, a causa de la estupidez que había cometido y que tan trágico desenlace había tenido.

La idea de Lyck no había podido ser más absurda. «Estoy enmolleciéndome — había dicho—. Necesito caminar un poco. Mi cerebro, además, necesita oxígeno puro, el oxígeno que no se encuentra en la ciudad. Vuélvete a casa. Yo regresaré más tarde. Además, ¿sabes?, estoy aprendido estos días algo muy interesante: la levitación. Sí, el poder de mi mente es ya algo fantástico. El otro día conseguí elevarme unos centímetros en el suelo. Pero mi casa no tiene espacio suficiente. Aprovecharé que estoy en el campo y es de noche…»

— Maldito idiota!—barbotó exasperada.

Y salió corriendo de casa nuevamente, porque se daba cuenta de lo que podía ocurrir si la policía encontraba el cuerpo de Francis. Tal vez, abrigó la esperanza, el automovilista que lo había atropellado, huyera horrorizado de su fechoría; no era la primera vez que sucedía una cosa semejante. En tal caso, aún podría remediar la cosa escondiendo el cuerpo.

Pero no, no tenía remedio. Cuando llegó al lugar del accidente, la policía había intervenido ya. El cuerpo de Francis había sido retirado y llevado a la *Morgue*.

Regresó de nuevo, sumamente preocupada. El secreto se iba a descubrir. Aunque, bien mirado, no podían hacerles nada. La muerte de Skawikof había sido bien planeada y mejor ejecutada; por lo tanto no podían relacionarles con el suceso. Y que hubiesen dispuesto de su cuerpo, para mejorar sus condiciones físicas y prolongar la existencia, no era ningún delito, que supiera.

Había un inconveniente, sin embargo, aunque de tipo particular. En los últimos tiempos, se había «enamorado» de Francis.

Era un sentimiento nuevo, que no se podía describir; era como si sus dos espíritus se complementasen mutuamente, con un entendimiento total, absoluto, como jamás lo había sentido con respecto a Tony, pese a que, hasta el momento de tratarse, había amado tiernamente a su esposo. Estrictamente, no podía hablarse de amor lo que había sentido por Lyck Francis, pero se trataba de algo distinto y, sin embargo, muy parecido. Era como si presintiera que sus dos espíritus se iban a fundir muy pronto, en uno solo, aunque con dos figuras humanas distintas… Y, de repente, inesperadamente, el brutal atropello cortaba en flor sus ilusiones.

Tenía que ser práctica, se dijo. Durante años, lamentaría la

desaparición de Lyck. Sería difícil que encontrase otro como él. Pensó en McClay, pero desechó la idea de inmediato. McClay y Myra Edwards parecían entenderse muy bien. Si se hubiese tratado de personas normales, no le habría importado entrometerse, para quitárselo a la Edwards, pero con los «hermanos» del club era preciso respetar ciertas reglas. Por otra parte, había hombres de sobra en el club. Con el tiempo, encontraría uno que pudiese sustituir a Lyck.

Era una lástima también por otro motivo: la comunicación telepática con los demás era aún muy defectuosa. Consiguió entablar contacto mental con Mathaussen, pero no así con los demás. Era preciso, le «dijo», celebrar otra reunión a la noche en el mismo sitio, a fin de tratar de los nuevos problemas que les planteaba la muerte de Francis. Descubrirían el secreto al hacer la autopsia al «cadáver» y empezarían a hacer investigaciones. Tendrían que estudiar las medidas que debían adoptar para continuar en su actual estado, sin injerencias extrañas.

Al terminar, se sintió notablemente fatigada. Por unos momentos, sintió una viva alarma, aunque no tardó mucho en comprender lo que le sucedía.

Poniéndose en pie, caminó hacia el cuarto de baño con cierta pesadez desacostumbrada en ella.

* * *

El fontanero se llamaba Dick Parker y no era tan bueno en su oficio como pretendía. Ciertamente, tenía razón al quejarse de que el sumidero se hubiese atascado por haber sido empleado en lugar del triturador de basuras, pero el administrador de la casa se le hubiese quejado mucho más, de haber podido enterarse de otra avería que había causado inconscientemente con sus herramientas.

El cuarto de baño, como todos, naturalmente, tenía conexión para la afeitadora eléctrica. Al lado del cable, pasaba otro de un voltaje muy superior, destinado a alguno de los servicios del edificio. Ahora, sin que Dick Parker se hubiese dado cuenta de su error, los dos cables tenían contacto.

Por lo tanto, afluía al cuarto de baño ahora una corriente de 380 voltios, capaz de causar serios trastornos en una persona e, incluso,

según su constitución, electrocutarla mortalmente.

Tony de Valera entró en la casa después de haber llamado inútilmente al timbre. Tuvo que golpear la madera de la puerta, hasta que la doncella le abrió.

—¿Qué ocurre? ¿Hay avería en la luz? — gruñó —. El timbre no suena.

—Así parece, señor—respondió la joven—. Todas las lámparas se han fundido y hasta el molinillo eléctrico del café se ha quemado. Hemos dado aviso al electricista...

—Está bien—cortó Tony las explicaciones de la doncella—. ¿La señora?

—En sus habitaciones, señor.

—Gracias.

Tony se dirigió de inmediato al cuarto de su esposa. Estaba cerrado, pero no le importó en absoluto. Retrocedió dos pasos y cargó con el hombro.

La cerradura saltó con sonoro crujido. Empujó la puerta a un lado y lanzó un grito:

—¡Bella!

—¿Tony?

El joven se encaminó directamente al cuarto de baño. La voz de su esposa sonaba apagada, pero no se percató demasiado del detalle.

Entró en el cuarto de baño. Bella estaba sentada en un taburete, vestida a medias con una gran toalla que envolvía su cuerpo. Sus hombros y sus brazos, de mórbida blancura, aparecían al descubierto, así como buena parte de sus esbeltas piernas.

Tony sintió un agudo dolor al contemplar aquella hermosura, que no era sino un remedo, perfecto, eso sí, de la hermosura natural que él había conocido tan bien tiempo atrás.

Inspiró fuertemente, tratando de rehacerse. Miró a Bella, quien tenía en las manos un cordón, cuyo objeto no supo comprender en el primer momento.

—Lo sé todo — dijo.

Ella sonrió levemente.

—No eres tonto, Tony — contestó —. Sabía que un día u otro lo adivinarías, pero no me importa demasiado.

—Francis ha muerto.

—También lo sé. Me lo dijo él mismo. Nos comunicábamos telepáticamente, ¿sabes?

—Supongo — dijo él — que todo lo que te ocurre es consecuencia del tratamiento del profesor Skawikof.

—Sí.

—Dime, ¿lo matasteis vosotros?

—Sí.

Tony creyó notar cierta dificultad en el hablar de su esposa, aunque, de momento, no concedió demasiada atención al detalle.

—¿Por qué lo hicisteis? — inquirió.

—Nos dimos cuenta bien pronto del desarrollo de nuestros poderes mentales. Entonces comprendimos que Skawikof no debía continuar con sus trabajos.

—Lo cual, significa que sólo unos cuantos fuisteis los beneficiados.

—Exactamente. — Bella seguía sonriendo—. Tú no sabes, no puedes saber, cómo nos sentimos con nuestro nuevo estado. Sin dolor, sin necesidades físicas, sin la debilidades de la carne...

—Todo eso ya me lo dijiste en cierta ocasión, Bella — atajó él—. ¿Valía la pena el cambio? — quiso saber.

—Lo vale, porque la perspectiva que se ve cuando una es sólo cerebro, es totalmente distinta a cuando, para sostener ese cerebro, se necesita un cuerpo que consume la mayor parte de la energía que se recibe por los alimentos sólidos y líquidos y el aire que respiramos. Ahora, este nuevo cuerpo trabaja exclusivamente para el cerebro y, como consecuencia, nuestro desarrollo mental es algo de lo que no puedes darte una idea tan siquiera. Dentro de unos años... En fin — volvió a sonreír la joven—, ¿para qué hablarte de lo que ocurrirá si ni ahora puedes captar una mínima parte de la verdad?

—Tirabas la comida por el sumidero — murmuró él —. Me imagino también que cuando te bañabas, era sólo una ficción destinada a seguir engañando a todos.

—En efecto. Para limpiar mi epidermis me basta usar una simple esponja húmeda.

—Pero tu cuerpo... mecánico — le costaba trabajo pronunciar la palabra—, necesitará, alguna especie de energía para poder mantenerse en actividad. Sé que el cerebro emite ciertas ondas

eléctricas, las cuales, sin embargo, me parecen muy poco potentes para poner en funcionamiento tu musculatura artificial.

—Así es — reconoció ella, sin dejar ni un instante de sonreír.

Tony meneó la cabeza.

—Es horrible, horrible — musitó —. Pero, ¿qué ventajas esperabas sacar de todo esto?

—Vivir varios siglos, en primer lugar — respondió ella en tono triunfal—. Pero nuestros conocimientos aumentarán día a día, hasta alcanzar extremos que ninguno de vosotros sois capaces de imaginaros tan siquiera. Esto nos permitirá, más adelante, prolongar aún más nuestra existencia. Hallaremos sin duda el medio de conseguirlo...; quizá dentro de algunos años estemos en condiciones de imitar y aun superar a Skawikof. ¿Te gustaría ser como yo? ¿No te agradaría convertirte en un superser? Sólo necesitarías un poco de paciencia y...

Tony retrocedió un paso, espantado ante la insinuación de su esposa.

—¡No! — rechazó vivamente la propuesta—. Eso es vulnerar la ley divina. Dios permite que prolonguemos nuestra existencia por medios normales, empleando los conocimientos de la ciencia que no incluyan la destrucción casi total del cuerpo humano, como tú has hecho. Una amputación está permitido por las leyes naturales y divinas, cuando se trata de salvar al resto del cuerpo. Pero tú eras una mujer enteramente normal y sana. Lo que has hecho es un pecado de soberbia y de orgullo que, indefectiblemente, un día u otro, deberá tener su merecido castigo.

— ¡Bah!—exclamó Bella despectivamente—. ¡Leyes divinas y naturales! ¡Tonterías, Tony! Ahora, de momento, aún estamos sujetos a ciertas limitaciones. Por ejemplo, empleamos una batería eléctrica para recibir la energía que necesitamos en nuestro nuevo organismo. Naturalmente, al cabo de un tiempo, la batería se descarga y es preciso reponer el potencial eléctrico. Es una pila del tipo de las que se cargan con la corriente casera, aunque modificada por Skawikof para que el tiempo de carga dure pocos minutos. Pero dentro de unos años, habremos adquirido los conocimientos suficientes para sustituir esta batería por una micropila movida por energía atómica, con lo cual nuestra independencia de movimientos aumentará de una manera extraordinaria. Pasarán años enteros sin

que necesitemos reponer la carga con cierta frecuencia, como nos ocurre ahora. Pero siempre seguirá siendo una operación muy sencilla. ¡Mira, Tony!

Los ojos del joven contemplaron la escena, sin atreverse a dar crédito a lo que estaba contemplando. Bella se despojó de la toalla y, con la mano derecha, levantó mi pequeño repliegue rectangular de la piel, situado bajo el seno izquierdo. Dos diminutos orificios quedaron al descubierto.

Bella aplicó el extremo del cordón eléctrico a los orificios. Luego, tomando el otro extremo, insertó la clavija en la toma de corriente destinada a la afeitadora eléctrica.

Sonó un fuerte chasquido. El cuerpo de la joven sufrió un terrible estremecimiento.

Sus ojos voltearon agónicamente en las órbitas. Durante una fracción de segundo, dirigió una mirada de súplica a su esposo, mientras su mano derecha se mantenía en la misma posición.

Bella abrió los labios. Quiso hablar, pero sólo salió a través de su boca una delgada columnita de humo azulado. De pronto, se derrumbó al suelo como una masa inerte, mientras su cuerpo empezaba a tomar un color oscuro. Ya no se movió más.

EPÍLOGO

—Había un contacto entre los dos cables — explicó Tony—. La batería estaba montada para un voltaje de ciento diez voltios, que es la corriente que recibe la casa, pero entró una corriente de trescientos ochenta y resultó electrocutada instantáneamente.

Fay Francis bajó la cabeza. Durante unos momentos, los dos jóvenes guardaron un emocionado silencio.

—Médicos, juristas y hasta teólogos están estudiando ahora las fórmulas precisas para actuar legalmente contra los superseres que han sobrevivido. No se les puede matar—continuó Tony—, pero la sociedad está en el derecho de protegerse de sus posibles acciones nocivas. Algún remedio encontrarán, aunque eso, a nosotros dos, no nos importa por ahora.

Fay asintió. Luego dijo:

—Pero, no entiendo. Desprovistos de su envoltura carnal, ¿cómo

podían tener tanta ambición? Si habían conseguido casi lo más importante, que era una extraordinaria prolongación de su existencia y la ausencia de todo dolor y de toda debilidad físicos, ¿qué otra cosa podían desear?

—La ambición de poder no es una consecuencia de la posesión de un cuerpo en mejor o peor estado — contestó él en tono sentencioso—, sino obra de la mente. Es la mente la que inspira todos los deseos y la de ellos había alcanzado un desarrollo preponderante. Lo extraño hubiera sido que se hubiesen conformado con lo que ya tenían.

—Entiendo — murmuró ella. Levantó los ojos y le miró —. Tony, necesito ausentarme una temporada. Estaré fuera bastante tiempo.

—Comprendo y alabo su proceder — contestó él.

Se puso en pie y tomó la mano de la muchacha.

—Avíseme cuando regrese, Fay — rogó.

—Se lo prometo — contestó la joven con una suave sonrisa.

Tony salió de la casa, lleno de esperanzas en el futuro.

Miró al cielo. Era más azul que nunca.

Fay y él habían sufrido mucho en los últimos tiempos. Pero ambos eran jóvenes y tenían toda una existencia por delante.

«El tiempo suaviza los dolores y acaba por curarlos— se dijo—. Olvidaremos y seguiremos viviendo. Una vida normal, de duración corriente… de la duración que Dios quiera concedernos.»

Empezó a caminar con el corazón ligero y lleno de fe. Esperaría un tiempo. Después… Fay y él…

Si, los dos juntos. Unidos en una vida normal, pero feliz. Era suficiente.

FIN